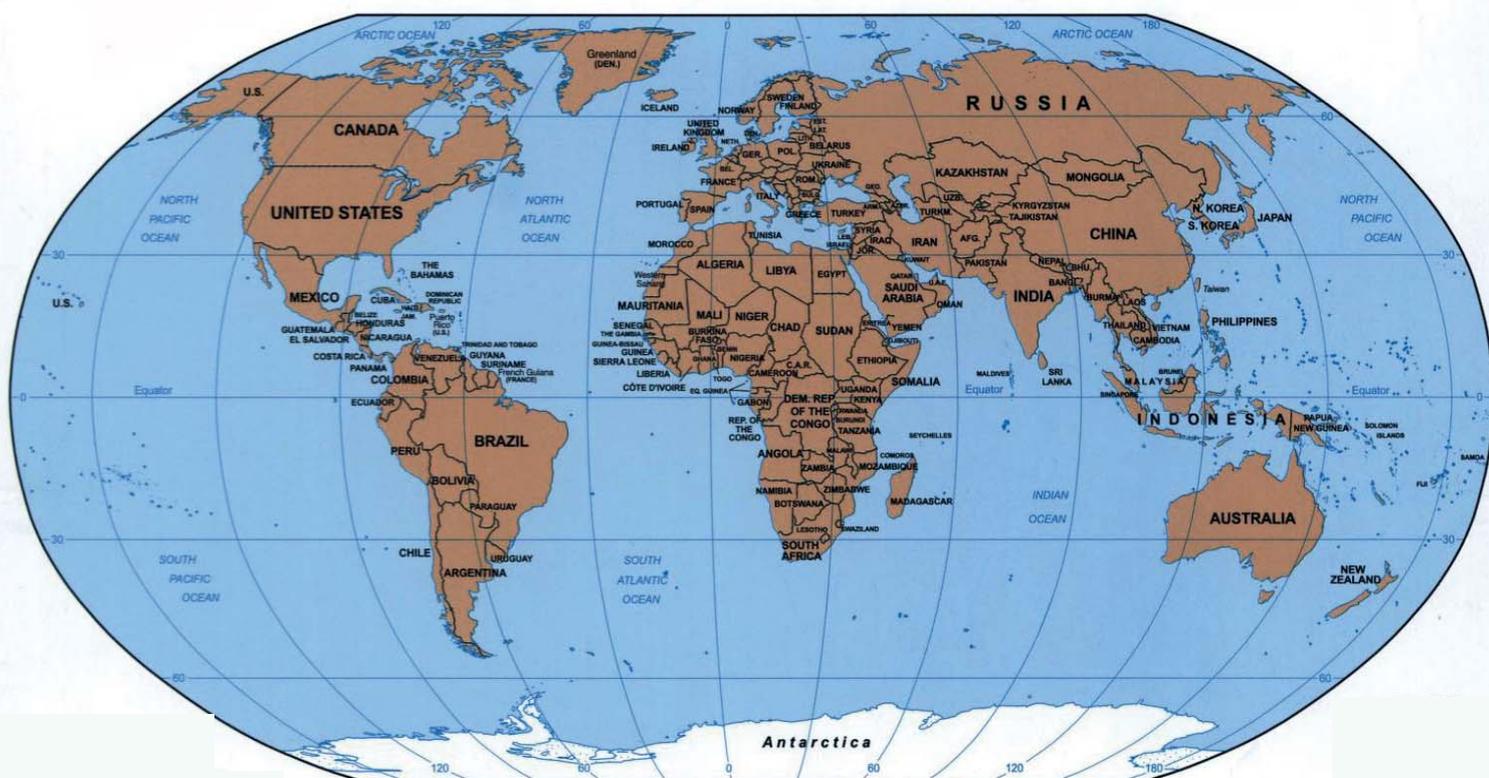


CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

UN MUNDO SIN DIOS,
UN MUNDO SIN ESPERANZA



«Recordad que en otro tiempo estuvisteis sin Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel. Vivíais en este mundo, sin Dios y sin esperanza. Pero ahora, unidos a Cristo Jesús, vosotros, que antes estabais lejos, estáis cerca por la sangre que Él derramó».

Efesios 2,12-13

Año LXXVII- Núm. 1086 Enero 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	El olvido de Dios en la Modernidad <i>J.M.^aA.R.</i>	32	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
5	Manifestaciones de la desesperanza en la sociedad actual <i>Miguel Ángel Belmonte</i>	35	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
9	Signos de los tiempos en los más recientes análisis del mundo actual <i>Jorge Soley Climent</i>	38	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
14	Arte y trascendencia en el mundo actual <i>José M^a Forment Costa</i>	40	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
18	RIP Europa <i>Juan Jaurrieta Galdiano</i>	42	Actualidad política <i>Jorge Soley/Piero Viganego</i>
24	De los males que afligen al mundo moderno	45	Orientaciones bibliográficas <i>Jorge Soley</i>
26	La máquina del Leviatán; el espíritu que anima a nuestras sociedades occidentales <i>Pedro del Río de Murtinho</i>	46	Nuestra Patria es el Cielo <i>Monseñor Juan José Omella</i>

Razón del número

El olvido de Dios en la Modernidad

J.M^a.A.R.

El olvido de Dios, y lo que es peor, la apostasía de la Modernidad, especialmente de las naciones pertenecientes a la antigua Cristiandad, es la causa determinante de nuestra profunda crisis.

Si releemos la encíclicas programáticas de inicio de pontificado de los Papas de los siglos XIX y XX y de nuestro actual Pontífice encontraremos repetido, con distintos matices, el mismo diagnóstico sobre el mundo actual: **estamos en una sociedad penetrada hasta sus mismas raíces por una gravísima enfermedad que pone en peligro incluso su misma existencia.** Muerte, barbarie, tinieblas, destrucción, ignorancia, error, fanatismo, etc son palabras que los papas han utilizado en su juicio sobre la hora actual como el lector podrá comprobar en la antología de estos textos breves que publicamos en nuestra páginas del presente número.

La misma radicalidad de estos juicios nos invita hacer algunas reflexiones. En primer lugar alguien podría acusar a los papas de ser deudores de una Iglesia que hasta el Concilio Vaticano II, e incluso después, aunque quizá con menor contundencia, tenía una visión negativa y pesimista de la modernidad. Sin embargo, se debería de contestar que, **cuando se hace un diagnóstico de una situación no es adecuado juzgarlo de pesimista u optimista,**

sino de ajustado o no a la realidad. En todo caso se podría considerar un pesimismo inadecuado por afirmar sin fundamento que la enfermedad es incurable. La revista *Cristiandad* en sus inicios fue también acusada de pesimismo y el padre Orlandis contestó a esta acusación con un artículo titulado «¿Somos pesimistas?» –que también reproducimos en este número– que fue la ocasión para que explicara la razones de su profunda convicción de que se cumplirá aquello que pedimos en nuestra oración cotidiana: «*Adveniat Regnum tuum*».

No esperamos de un médico que nos haga un diagnóstico falsamente optimista de la enfermedad que nos aqueja, sino que sepa encontrar el remedio para que podamos recobrar la salud. Otra cuestión es la oportunidad y el modo de comunicar el diagnóstico al enfermo o a la familia. Solo se les podría calificar de pesimistas, o como los calificó san Juan XXIII de «profetas de calamidades» en su discurso de apertura del concilio Vaticano II, a aquellos que, denunciando el mal existente, juzgaran sin razón para ello que es irremediable. Es decir, cuando se trata de los males espirituales, los que anuncian solo

calamidades, olvidándose de aquellas palabras de san Pablo «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». (Romanos, 5,20).

Los papas al subrayar los males que acechan a nuestro mundo, tienen un fin muy claro: que toda la Iglesia tome conciencia de la urgencia de acudir con insistencia, fervor y sobre todo con confianza al que es la fuente de todo bien, y único médico eficaz de las almas. **El olvido de Dios, y lo que es peor, la apostasía de la modernidad, especialmente de las naciones pertenecientes a la antigua Cristiandad, es la causa determinante de nuestra profunda crisis.** Negar el pasado necesariamente tiene como consecuencia el desconcierto ante el presente y el temor ante el futuro. Cuando este pasado es la fe cristiana, que es no solo la que singulariza nuestra historia, sino también lo que constituye, a pesar de los vientos secularizadores, el sustrato de nuestra cultura, el resultado final es el nihilismo y la desesperanza.

En este principio del siglo XXI la situación del mundo es absolutamente paradójica. Las proclamaciones exultantes de progreso indefinido y bienestar ya suenan como alejadas y propias de otros tiempos, por el contrario negros presagios son anunciados de modo insistente. Crisis climatológica, catastrofismo ambiental, agotamiento de recursos, son palabras repetidas hasta la saciedad, que resuenan como una acusación permanente contra el mismo ser humano como causante de este mundo sin futuro. **En este planteamiento ha desaparecido la esperanza, no hay ninguna instancia donde acudir para remediar estos males, el causante y la víctima es el mismo hombre.**

Ante esta realidad la Iglesia continúa anunciando la buena nueva del Evangelio, proclama la esperanza fundada en las promesas de bienaventuranza eterna, pero como «experta en humanidad» conoce las debilidades del hombre de actual, sus profundas frustraciones, sabe que su enfermedad es tan extendida

y avanzada que tiene que acercarse al enfermo con la medicina de la misericordia. Desde esta perspectiva tenemos que entender las palabras de san Juan XXIII al iniciar el Concilio: «En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. No es que falten doctrinas falaces, opiniones y conceptos peligrosos, que han dado frutos tan perniciosos». No se trata de ignorar el mal ni mucho menos de, como ocurre con demasiada frecuencia, de presentar el mal como un bien, sino de recordar aquellas palabras de san Pablo a Efesios: «A mí, el menor de todos los santos, me ha sido otorgada esta gracia: anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo, e iluminar a todos acerca del cumplimiento del misterio que durante siglos estuvo escondido en Dios..., en Cristo Jesús tenemos la segura confianza de llegar a Dios, mediante la fe en Él. Por ello pido que no os desaniméis a causa de mis tribulaciones por vosotros. Ellas son vuestra gloria.» (Ef.3,8-13).

¡Un mundo sin Dios es un mundo de oscuridad, de mentiras y de egoísmo!

Sin la luz de Dios, ¡la sociedad occidental anda como un ebrio en la noche! No tiene suficiente amor para acoger a los niños, protegerlos desde el útero de su madre, ni protegerlos de la agresión de la pornografía.

Ya no sabe cómo respetar a sus ancianos, acompañar hasta la muerte a sus enfermos, hacer lugar para los más pobres y los más débiles. La sociedad está abandonada a la oscuridad del miedo, la tristeza y el aislamiento. No tiene nada que ofrecer excepto el vacío y la nada. Y permite la proliferación de las ideologías más locas.

Una sociedad occidental sin Dios puede convertirse en la cuna de un terrorismo ético y moral más virulento y más destructivo que el terrorismo islamista. Recuerden que Jesús nos dijo: «Y no temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el Infierno» (Mateo 10, 28)

Manifestaciones de la desesperanza en la sociedad actual

Miguel Ángel Belmonte

«Perdida la esperanza, los hombres se lanzan sin freno en el vicio y abandonan las buenas obras» (Suma de teología, II-II, q. 20, a. 3).



EL mundo actual ofrece un panorama acorde con el proceso de secularización iniciado siglos atrás. **Muchos son los signos de ese apartamiento de Dios:** leyes inicuas, instituciones perversas, arrinconamiento –cuando no persecución abierta– de la religión, etc. Desgraciadamente, una sociedad sometida a esta presión fácilmente perderá la esperanza teológica que hubiera atesorado en épocas más felices. Y los síntomas de tal pérdida de esperanza se multiplicarán. Dice san Isidoro que

«desesperar es descender al infierno», a lo cual comenta santo Tomás de Aquino que «perdida la esperanza, los hombres se lanzan sin freno en el vicio y abandonan las buenas obras» (*Suma de teología*, II-II, q. 20, a. 3).

La esperanza supone una doble tensión. Por un lado, la conciencia de un «todavía no», una «carencia» y, por otro lado, la convicción de un «llegará», una «plenitud» que se vislumbra ausente pero posible. Y si se trata de esperanza teológica, no solo posible, sino cierta. Por eso la

esperanza, por ejemplo, propia del tiempo de Adviento, es una esperanza teñida de alegría adelantada, por la certeza del advenimiento del Salvador. La conciencia del «todavía no» nos hace reconocer nuestra propia limitación, nos defiende de la «ambición» y la «creencia en uno mismo», mientras que la convicción del «llegará» nos hace reconocer que el bien esperado nos vendrá de lo alto, como un don, no como el resultado de lo «hecho por uno mismo». **La esperanza teológica está en las antípodas de una confianza en el propio esfuerzo personal, confianza mal entendida que en el fondo es presunción, vicio contrario a la esperanza.** Precisamente una forma contemporánea de presunción es la confianza en cierto hiperprogreso tecnológico, bajo el señuelo a menudo de «transhumanismo»: superación de lo humano, con todas sus molestias, y acceso a un nivel superior resultado de la evolución tecnológica. Es el ideal de la adolescente Bethany de la miniserie *Years and years* (Davies, 2019): en una familia londinense del año 2025, la hija adolescente se quiere transformar en «datos», «dejar atrás la carne» y se somete a una cirugía clandestina para transformar sus ojos en cámaras digitales. Al final de la serie, en 2029, ya no es algo clandestino, sino que el Estado le da una beca de innovación para transformarla en *cyborg*. Mientras el resto de miembros de la familia luchan con problemas «tradicionales» (crisis financieras, matrimoniales, de refugiados, climáticas...), curiosamente Bethany es la única de la familia que parece feliz. El mensaje es claro: el hombre está perdido y solo se salva a sí mismo dando un salto en el vacío y convirtiéndose en realidad virtual. En el fondo, se trata de un nuevo gnosticismo. **Habiendo perdido la esperanza**

en el Verbo encarnado, toda carne es sentida como un peso insufrible.

Asistimos hoy día a la contradicción flagrante de una sociedad que se lamenta ante el suicidio de un personaje famoso, pero se congratula de legalizar el suicidio asistido bajo el eufemismo de eutanasia. El suicidio es una manifestación flagrante de desesperación. En el film de Frank Capra *¡Qué bello es vivir!* (1946), Dios le pide al ángel Clarence que acuda en ayuda de George Bailey. «¿Por qué? ¿Está enfermo?» -pregunta Clarence. «No, peor, está desesperanzado: está a punto de acabar con el don más precioso recibido de Dios: la vida».

En general las tasas de suicidio son mayores en franjas de edad más

El nacimiento despierta resentimiento de quienes repetidamente se han visto incapaces de reconocer el valor de la vida

altas: eso es algo común a diversas culturas y épocas. Pero algo tristemente llamativo del mundo actual es que aumente en franjas de edad más bajas. Según estadísticas del Centro de Investigaciones Sociológicas, **el suicidio se ha convertido en España en la principal causa de muerte entre los jóvenes.** Por otra parte, la saturación de informaciones acerca de la pandemia coronavírica ha puesto a la sociedad en una especie de «fiebre bioestadística»: a todas horas los medios nos bombardean con gráficas con estadísticas de contagios, muertes, hospitalizaciones... Tradicionalmente se había dicho, en términos de teoría comunicativa, que nadie llora ante una estadística, que lo único que «motiva» al espectador

es la historia concreta, real o inventada. ¿No estará siendo ahora al revés? ¿No parece ahora que la muerte de la persona concreta de carne y hueso no merece que nos emocionemos porque lo «importante» es «aplanar» la curva de contagios?»

Tal confusión entre lo humanamente importante y lo mediático bioestadístico, está detrás, indudablemente, del incremento de las enfermedades mentales, nueva pandemia juvenil, agravada exponencialmente desde los grandes confinamientos de la primavera de 2020. Al respecto, un profesor de secundaria explicaba una anécdota reveladora. El profesor proyectó varias imágenes de belenes y pesebres tradicionales en la pantalla del aula. A continuación, preguntó a los adolescentes qué sentimientos despertaban en ellos tales imágenes. Varios de ellos manifestaron su sorpresa ante la falta de higiene de las escenas y el riesgo de contraer enfermedades, hasta el punto de emplear la palabra «repugnancia» como expresión de lo que sentían. Repugnancia ante el Nacimiento. **¿Y habrá mayor acedia que esto? La acedia es una tristeza ante el bien divino. ¿Hay mayor acedia que sentir repugnancia ante el Niño Dios?** Donde una mirada espontánea, natural, abierta al don de la gracia, vería amor desinteresado, mansedumbre y sentiría ternura, la mirada posmoderna y ácida siente aversión, aborrecimiento y rencor. Enseña santo Tomás, siguiendo a san Gregorio Magno, que, así como la vanagloria es de donde procede principalmente el pecado de presunción, la desesperanza procede en parte de la lujuria. Pero **santo Tomás completa a san Gregorio indicando que es principalmente de la acedia de donde procede la desesperanza: «el hombre llega a no considerar como**

posible de alcanzar por sí mismo o por otro el bien arduo cuando llega a gran abatimiento, ya que cuando éste establece su dominio en el afecto del hombre, le hace creer que nunca podrá aspirar a ningún bien» (II-II, q. 20, art. 4). Acedía que es amarga como el rencor y el resentimiento, tan característicos de la sociedad contemporánea.

El nacimiento despierta resentimiento de quienes repetidamente se han visto incapaces de reconocer el valor de la vida. La vida tiene su ritmo, sus tiempos, nos enseña a esperar. El hombre de hoy no quiere esperar, lo quiere todo inmediatamente. Y ese inmediatez va unido a la incapacidad total para el gozo. Lo vemos en el uso continuo de las pantallitas inteligentes. A todas horas vemos cómo los dispositivos se convierten en extensiones de nues-

tra imaginación, dominada por el movimiento compulsivo de nuestro pulgar. Pero lo que nos llega del otro

Se puede decir que la sociedad posmoderna ha caído en un TDA universal. Pero si nada merece detener en ello nuestra atención, es que nada merece ser esperado

lado del dispositivo es una multitud inabarcable de estímulos que acaparan nuestra atención hasta el punto de anularla. **Se puede decir que la sociedad posmoderna ha caído en un TDA universal. Pero si nada merece detener en ello nuestra atención, es que nada merece ser esperado.** Ahora solo la nada es esperada. Más

allá de la apariencia de un interés por salvaguardar la vida humana, un aparente aferrarse a la vida, bajo la forma de higienismo civicopolítico mundial, el ideal moral de la cultura actual parece ser la desaparición de todo lo que tenga la huella del hombre, sentenciado a muerte por haberse hallado culpable de la destrucción del planeta. Pero no parece que esta sentencia promueva la atrición del condenado: «Si la angustia ante la muerte individual, según Pascal, provoca la huida hacia la diversión, ¿hacia qué monstruosas diversiones va a empujarnos la angustia ante la muerte colectiva?» (Fabrice Hadjajd, *Puesto que todo está en vías de destrucción*, p. 108).

En la serie de ficción surcoreana *El juego del calamar* (Hwang Dong-hyuk, 2021), un multimillonario excéntrico y enfermo crea un con-



«Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida.

Y esto, no porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad porque no queremos hacer cristianos a nuestros hijos y porque nosotros no somos verdaderamente cristianos. No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres».

J. Donoso Cortés, Polémica con *El País* y *El Heraldo*, julio de 1849. *Obras completas*. Ed. Ortí y Lara, t. n, p. 157.

Lo que iba junto se ha separado

El mundo en que vivimos, y en el que nacen los niños, ha saltado en pedazos y ha quedado expuesto a la arbitrariedad de las decisiones humanas. Lo que iba junto se ha separado: el cuerpo del alma, el hombre de la mujer, la sexualidad de la fecundidad, la procreación de la sexualidad, el niño de sus padres biológicos. ¿No es hora de volver a juntar lo que va junto: cuerpo y alma, hombre y mujer, sexualidad y fecundidad, padres e hijos?

La ruptura que causó todos los demás colapsos es la caída de Dios.

¿No hemos intentado lo suficiente para tomar todo en nuestras propias manos? ¿Reconoceremos los signos de los tiempos? ¿Estaremos listos para integrar nuestra vida de nuevo en el orden apropiado de Dios? ¿Oímos a Jesús llamar a la puerta, aquel que desea cenar con nosotros, Él con nosotros y nosotros con Él (Ap. 3,20)?

Soy consciente de que es inoportuno hablar de fe. Pero no tengo nada más que decirles si me preguntan sobre la esperanza que me llena.

«Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7,25).

Gabriela Kuby, *La generación abandonada*, Didaskalios, 2021 p.354-355

curso macabro con la promesa de un gran premio. Los participantes deberán ganar en una serie de juegos infantiles tradicionales. Los perdedores son asesinados. Entre los jugadores hay amigos e incluso parejas que acabarán matándose entre sí. A pesar de que la serie teóricamente está catalogada solo para público adulto, muchos niños crecen hoy día identificando los juegos infantiles tradicionales con mecanismos hobbesianos de guerra de todos contra todos. En esta misma línea de violencia autodestructiva se enmarcan los tristemente famosos «*challenges*» o «desafíos» que se viralizan a través de las redes sociales animando a los usuarios a poner gravemente en riesgo sus propias vidas por un afán de diversión y exhibicionismo fatuos. También, entre esas «monstruosas diversiones» a las que alude Hadjajd, resulta inevitable referirse a la transformación del individuo en capital sexual, tal como explica Stefano Abbate: «La última aceleración de este

estado de cosas se ha producido a causa del bazar del sexo que son las aplicaciones de citas virtuales donde el capital sexual se hace llanamente imagen y que compite por un simple movimiento del dedo con una cantidad inmensa de pretendientes. La transparencia orientada al mero sexo ha producido el fenómeno de la tinderización de la sociedad real, trasladando los patrones de comportamiento del *swipe* a las relaciones de carne y hueso» («Capital y Estado: fronteras de la precariedad en la posmodernidad» en *Posmodernidad y control social*, p. 86).

Ante este panorama, al hombre contemporáneo solo le queda una vía que le aparte del abismo de la desesperanza. Una vía que no puede ser otra que la de Aquel que es camino, verdad y vida (Jn 14, 6). La vía de implorar al Cielo como lo hace finalmente George Bailey, tras mostrarle Clarence el horror de no haber nacido: «¡Ayúdame, no me importa lo que vaya a ser de mí! ¡Quiero volver a vivir! ¡Por favor, Dios mío, hazme vivir!»



Signos de los tiempos en los más recientes análisis del mundo actual

Jorge Soley Climent

Periodistas, pensadores, profesores universitarios, sociólogos, provenientes de Europa y EEUU, cada uno fijándose en determinados aspectos, nos ofrecen un panorama de las sociedades occidentales de una rara unanimidad y en el que el colapso, la crisis, la decadencia, la barbarie y un nuevo totalitarismo dibujan un mundo agotado, desencantado, incapaz de reproducirse y sin esperanza.

SE habla a menudo de los signos de los tiempos, del espíritu de una época, lo que los filósofos alemanes llaman «Zeitgeist», pero no es tan sencillo captarlo cuando uno vive inmerso en ella. Las señales pueden, de hecho suelen, ser contradictorias. En ocasiones, no obstante, se adueña del momento un aire común. Uno de los mejores modos de captar ese estado es a través de los libros de mayor difusión, que cartografían el tono vital de un periodo. Así, los libros de finales del siglo XIX y principios del XX desbordaban optimismo y anunciaban, entre fantasías tecnológicas de todo tipo, que la prosperidad era imparable y que la guerra había sido superada. Luego vendría la Gran Guerra, pero esa es otra historia.

Si volvemos ahora la atención a nuestros días, es fácil advertir que el tono que predomina es de **pesimismo y miedo al futuro**: desde las

advertencias de un inminente colapso ecológico hasta la previsión de un mundo que vivirá en permanente estado de excepción en medio de terribles pandemias, el porvenir se presenta como algo sombrío. **El optimismo del hombre emancipado y seguro de las posibilidades de la ciencia ha dejado paso a un pesimismo sin fisuras a medida que vamos siendo conscientes de lo que ese hombre que ya no tiene que rendir cuentas ante Dios es capaz de hacer.** La única excepción es la literatura transhumanista, más cerca de la ficción que de la ciencia y trufada de promesas que casi parecen maldiciones, como la de nuestra supervivencia eterna... almacenados en la nube.

Si fijamos ahora nuestra atención en los pensadores más influyentes de la actualidad y sus últimos libros, el panorama es sorprendentemente similar. Cada uno desde su perspec-

tiva, fijándose en uno u otro aspecto, pero todos ellos instalados en el malestar, la desazón, la incomodidad, el disgusto ante nuestro mundo y los derroteros por los que va.



El influyente columnista del *New York Times*, Ross Douthat, en *La sociedad decadente*, no tiene empacho en hablar de declive del mundo occidental.

¿Somos testigos de un mundo decadente? La respuesta es afirmativa. Para Douthat nuestra época vive inmersa en una sensación de deriva, estancamiento e incertidumbre. Si «la decadencia se instala

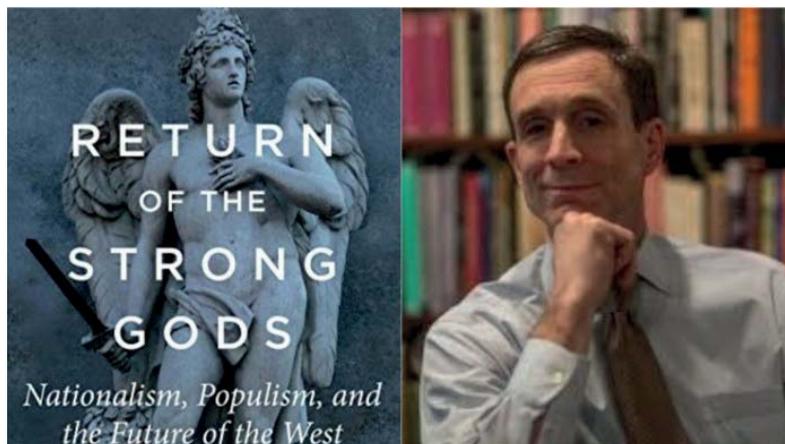
cuando la gente acepta la futilidad y lo absurdo como algo normal», no hay duda de que somos decadentes. Una decadencia en la que una sociedad puede instalarse durante un largo periodo de tiempo y que puede presentar rasgos diferentes de los que muchos considerarían los habituales: «una sociedad pobre y dominada por el crimen no tiene por qué ser decadente, una sociedad que es

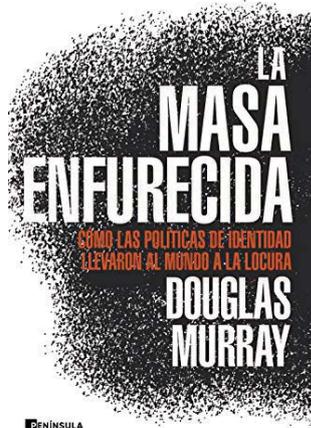
rica y apacible pero que está agotada, deprimida y acuchillada por fogonazos de violencia nihilista, sí».

Douthat describe el mundo en que vivimos desde distintas perspectivas y va desgranando los motivos por los que se ha adueñado de nosotros la desesperanza: «hemos entrado en una era de límites económicos, una era de estancamiento secular... envejecimiento demográfico... la fertilidad por debajo del índice de reemplazo es la realidad fundamental de la vida civilizada en el inicio del siglo XXI... exceso de endeudamiento... estancamiento tecnológico...». Se mire por donde se mire, el futuro aparece pintado con tonos oscuros.

Y si nos fijamos en la política, es indudable que estamos asistiendo a la aparición de un nuevo despotismo en el que «las libertades civiles a proteger y estimular en este nuevo orden son las libertades del placer y del consumo... las libertades a restringir son las libertades que posibilitan la resistencia, tanto personal como política».

El editor de la revista *First Things*, **R. R. Reno**, en su libro *El retorno de los dioses fuertes*, se fija en uno de los rasgos de esta deca-





dencia: el rechazo de todos aquellos «objetos del amor y la devoción del hombre»: la patria, la religión, el arraigo, la familia... son vistos con desconfianza si no con horror. En la senda de Popper, nuestro mundo está convencido de que todas nuestras certezas son precarias, solo provisionalmente válidas: no podemos estar definitivamente seguros de nada. Es una epistemología que, dice Reno, «descarta todo lo que Occidente había siempre considerado como sus fundamentos religiosos, culturales y morales».

Reno describe en su libro el proceso de agudización de las contradicciones internas de nuestras actuales sociedades occidentales. Por un lado, la celebración de la diversidad y el librepensamiento ha cristalizado paradójicamente (o quizás no tanto) en una ortodoxia asfixiante, con sus propios dogmas y su persecución de todo aquel que ose disentir. Por otro, el liberalismo de los «nuevos movimientos sociales» (feminismo, homosexualismo, antirracismo, etc.) ha dado a luz a unas políticas de identidad neotribales: pertenecer a esta o aquella raza, sexo u orientación sexual pre-

determina tu sensibilidad, intereses y convicciones, algo que parece contradecir el individualismo nominal que se presenta como contrario a las «sociedades cerradas». Dos tendencias, no obstante, que no dejan de mostrar una perversa coherencia. La faceta libertaria, al disolver familias, comunidades religiosas y otras células sociales tradicionales, conduce a una sociedad de individuos atomizados, egoístas y cada vez más despegados de sus obligaciones relativas a la conservación de la especie. Pero como la soledad ultraindividualista no es soportable, se produce una resocialización simbólica a través de aquellas nuevas

El hombre moderno, obsesionado con una actitud de ruptura continua y deliberada con el pasado, se sitúa en un horizonte de «pérdida de civilización que es el presagio de alguna forma de barbarie» según Rémi Brague

tribus. El sexo, la orientación sexual y la raza sustituyen a la familia, la Iglesia y la nación como «comunidades» en las que guarecerse de la intemperie existencial. Como señala Mary Eberstadt en *Gritos primigenios*, no pudiendo ya llenar su vida con el rol de padre o madre, de miembro de una comunidad política o de hijo de Dios, el postmoderno busca calor humano en el colectivo abstracto de las mujeres, o en el de las minorías sexuales o raciales.

Es ésta una dinámica que retrata el inglés Douglas Murray en *La masa enfurecida*, donde constata que «vivimos en tiempos de locura colectiva». Todos los grandes relatos

se han venido abajo, continúa, y las personas, atomizadas y desorientadas, intentan buscar un punto de referencia en la pertenencia a determinados grupos identitarios. Se generan así perversas dinámicas como la que señala Murray en su obra: «Nos instan a creer en cosas imposibles y nos advierten que no nos opongamos a otras (como suministrar a nuestros hijos fármacos que interrumpen la pubertad) a la que la mayoría de las personas se opondrían de forma categórica». El libro de investigación sobre la locura transgénero de la periodista Abigail Shrier, *Un daño irreversible*, levanta acta de hasta dónde puede llegar esta delirante rebelión contra la realidad.

El pensador francés, Rémi Brague, por su parte, profundiza en las disfunciones del mundo en que vivimos en su libro *Manicomio de verdades* y detecta un hecho cargado de consecuencias: «el mundo moderno es básicamente un parásito que aprovecha las ideas premodernas. El mundo moderno no deja ileso el capital del que vive, sino que lo corrompe». De hecho, nos lleva a un



callejón sin salida: «la cosmovisión moderna no puede proporcionarnos una explicación racional de porqué es bueno que haya seres humanos que disfruten de cosas buenas. No puede encontrar razones que justifiquen su propia continuación». El hombre moderno se presenta así como un náufrago y un advenedizo al mismo tiempo, siendo lo segundo resultado de lo primero. Obsesionado con una actitud de ruptura continua y deliberada con el pasado, se sitúa en un horizonte de «pérdida de civilización que es el presagio de alguna forma de barbarie».

Una barbarie que ya es una realidad, tal y como nos explica **François-Xavier Bellamy** en su obra *Los desheredados*, donde se fija en el impacto en los más jóvenes de una sociedad que renuncia a transmitir su tradición. Su diagnóstico no deja indiferente: «en nuestras sociedades occidentales se está produciendo un fenómeno único, una ruptura inédita: hay una generación que desiste de transmitir a la siguiente lo que debería darle, es decir, el conjunto del saber, de los puntos de referencia, de la experiencia humana inmemorial que constituye su



herencia... Queríamos denunciar las herencias, hemos hecho desheredados». Privados de transmisión, de cultura, con un lenguaje empobrecido que limita su capacidad para pensar, **los jóvenes occidentales son, de hecho, cada vez menos libres**, denuncia Bellamy.

¿Es esta decadencia, este sombrío panorama, algo accidental y reversible? Para **Patrick J. Deneen** en su libro *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?*, estamos ante la consecuencia del despliegue y triunfo de la modernidad, y más en concreto,

del modelo de sociedad propugnado por el liberalismo. En respuesta al título de su obra, Deneen afirma que fracasa porque se ha impuesto. Lo que vemos no son los efectos no deseados y provisionales de un desarrollo positivo, sino el resultado directo de la aplicación de un modelo, sus lógicas y previsibles consecuencias.

Rod Dreher, por su parte, en su última obra, *Vivir sin mentiras*, analiza la emergencia en nuestro mundo occidental de un nuevo totalitarismo, que califica como blando, en

El fenómeno más grave de nuestro tiempo

Estamos firmemente convencidos de que la teoría en que se funda la negación de Dios es fundamentalmente equivocada: no responde a las exigencias últimas e inderogables del pensamiento, priva al orden racional del mundo de sus bases auténticas y fecundas, introduce en la vida humana no una fórmula que todo lo resuelve, sino un dogma ciego que la degrada y la entristece, y destruye en su misma raíz todo sistema social que sobre ese concepto pretende fundarse. No es una liberación, sino un drama que intenta sofocar la luz del Dios vivo.

Pablo VI, *Ecclesiam suam* 45

contraposición al duro de los regímenes totalitarios del siglo XX. Este nuevo totalitarismo ya no es promovido únicamente por el Estado, sino que es impulsado, e incluso liderado, por algunas grandes corporaciones. Un nuevo totalitarismo que adopta cada vez más las formas de una pseudoreligión que Dreher denomina «deísmo terapéutico moralista», una «decadente forma de cristianismo... que consiste en la creencia general de que Dios existe y que lo único que quiere de nosotros es que seamos simpáticos y felices».

Al señalar los paralelismos entre las sociedades occidentales de nuestra modernidad tardía y las sometidas al comunismo soviético, Dreher no se desvía mucho del grito de alarma lanzado por el polaco **Ryszard Legutko** en *Los demonios de la democracia*. Legutko, antiguo disidente, reflexiona sobre las similitudes entre los viejos regímenes comunistas y las actuales democracias liberales, que tienen en común el ser «entidades unificadoras que dictaminan cómo pensar, qué hacer, cómo valorar los sucesos, a qué aspirar y qué lenguaje se puede usar. Ambas tienen sus propias ortodoxias y sus modelos de ciudadano ideal».

Legutko señala también el **carácter invasivo de la ideología, que aspira a que todo quede conformado por ella**, «todo aquello que existe en una sociedad debe convertirse con el tiempo en liberal-democrático y ser imbuido del espíritu del sistema». Si en el bloque del Este las familias, las iglesias, las escuelas, las comunidades, las asociaciones culturales e incluso los sentimientos y aspiraciones humanos debían ser «comunistas», ahora deben ser «democráticos». Así, estamos, también en Occidente, cada vez más expuestos a una

omnipresente ideología dominante que «permea las vidas públicas y privadas, emana desde los medios, los anuncios, las películas, el teatro y las artes visuales, se expresa a través de lo que se nos presenta como el “sentir común” y de unos descarados estereotipos, y mediante los currículos educativos, desde el parvulario a las universidades». Es la politización de la vida a una escala desconocida antes de la modernidad, común al comunismo y a nuestras actuales democracias liberales, y en la que absolutamente todo tiene significación política, desde un chiste hasta el modo en que tiramos la basura. La conclusión de **Legutko** da que pensar: «Contrariamente a lo que mucha gente pueda pensar, el moderno mundo liberal-democrático no se desvía mucho, en muchos aspectos importantes, del mundo soñado por el hombre comunista».

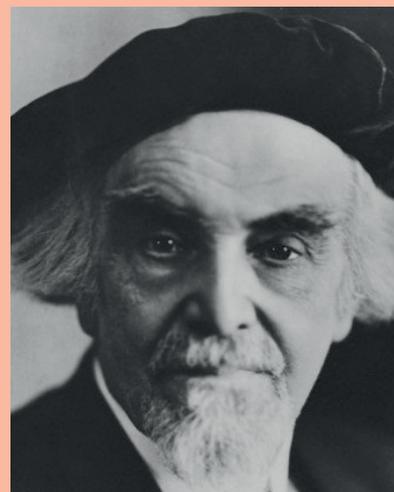
Periodistas como **Douthat**, **Murray**, **Dreher** o **Shrier**, pensadores como **Brague**, **Reno** o **Bellamy**, profesores universitarios como **Deneen** o **Legutko**, sociólogos como **Eberstadt**, provenientes de **Francia**, **Reino Unido**, **Polonia** o **Estados Unidos**, cada uno fijándose en determinados aspectos, nos ofrecen un panorama de las sociedades occidentales de una rara unanimidad y en el que el colapso, la crisis, la decadencia, la barbarie y un nuevo totalitarismo dibujan un mundo agotado, desencantado, incapaz de reproducirse y sin esperanza.

El diagnóstico es claro y unánime, y poco se puede discutir sobre el mismo, pero ¿deberíamos también nosotros caer en la desesperanza? Un curioso comentario del católico **Douthat** al final de su libro puede ayudarnos a confirmar cuál debería ser nuestra actitud ante un

¿Extinción de lo humano?

También la naturaleza del humanismo es descubierta y desenmarcada, este humanismo que en otras épocas parecía tan inocente y sublime. Si no existe Dios, tampoco el hombre. Tal es la experiencia que manifiesta nuestra época.

N. Berdiaev, *Una nueva Edad Media*



mundo que, estamos de acuerdo, hace aguas por todas partes. Escribe **Douthat**, que «solo digo que si ésta fuese la época en la que se produjera alguna intervención divina de calado, tanto si se hubiera profetizado desde antiguo como si fuera completamente imprevista, con la perspectiva del tiempo, habría motivos para afirmar que deberíamos haberlo visto venir». En efecto, nada es descartable y lo que es indiscutible es que no podemos decir que no nos habían avisado.

Arte y trascendencia en el mundo actual

José M^a Forment Costa

El arte no se puede entregar a la verdad porque considera que la verdad ya no existe, que es relativa, mera opinión. Tampoco puede consistir en entregarse al bien porque éste se ha reducido al simple beneficio.

El arte, guardián de la belleza

TODAS las civilizaciones a lo largo de la historia han sido profundamente religiosas. Y han procurado a través de su arte –cada una con sus concreciones estéticas– «romper el estrecho y angustiado recinto de lo finito, en el que está inmerso el hombre, mientras vive aquí abajo, y abrir como una ventana a su espíritu anhelante de infinito».¹ En este sentido decía Torras i Bages que «el arte es, entre todas las cosas humanas, la que más se acerca a las divinas».²

Tal como enseña la Iglesia, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, cuya facultad creadora se refleja en la capacidad humana de realizar obras artísticas, si bien el hombre crea a partir de algo existente, a lo que luego da forma y significado. Ya desde **Platón**, se ha entendido que esa creación artística ha tenido por objeto la belleza y que

1 Pío XII, *Discurso a los expositores del VI Cuadrienal de Roma* (1952)

2 Serra Goday, *En Meditació barcelonina de l'últim quart de segle*, p. 11 (1981)

saber manifestarla es un talento. En este sentido, el artista, conscientemente o no, ha sido un privilegiado que ha tenido el don de transmitir belleza.

La belleza manifestada a través del arte mueve a los hombres de todas las generaciones al asombro. Es más, esa es su finalidad. Por ello, **Juan Pablo II** pedía esto mismo a los artistas: «Que la belleza que transmitáis a las generaciones del mañana provoque asombro en ellas. Ante la sacralidad de la vida y del ser humano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro».³ El artista, en consecuencia, es un guardián de la belleza que ha logrado mover a los demás a algo que es exclusivamente humano: la admiración y la contemplación de lo bello.

También **Pablo VI**, en un breve mensaje a los artistas, les recordaba esta misión inherente del artista de ser transmisor de la belleza: «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la

3 Juan Pablo II. *Carta a los artistas* (1999)

verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello por vuestras manos»⁴.

El arte, camino de trascendencia

El arte auténticamente bello, y que pone alegría en el corazón, no se identifica exclusivamente con aquello que es atractivo o placentero, sino con lo que es bueno y verdadero. Así, la novela estéticamente perfecta, pero que lleva al lector a creencias equivocadas, o la pintura formalmente impecable, pero que

«Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres» (Pablo VI)

incita a ver al otro como a un objeto, no son auténticamente bellas. Las obras, más allá de su perfección estética, han de tocar al hombre con toda la profundidad de la verdad y han de moverle a la bondad.

La verdadera belleza conmueve sanamente al hombre y le ayuda a salir de sí mismo. No se trata de buscar el arte por el arte como una manera de escapar de la realidad o de desconectar de sí mismo –como si fuera una pastilla–, sino de elevar la mirada del hombre. Aun sin proponerle expresamente, el arte genuino se convierte entonces en un camino para descubrir a Dios –*via pulchritudinis*–. Es una especie de llamada al Misterio, una invitación a abrirse a

4 Pablo VI (1965). *Mensaje a los artistas*.

la «plenitud de la eternidad»⁵. Mediante el asombro, hace visible lo invisible, traduce a sonidos, colores o formas lo inefable, acerca lo temporal a lo eterno; en definitiva, lleva al hombre a Dios. Así lo expresa maravillosamente Pablo VI hablando a los artistas: «Es vuestra tarea, vuestra misión; vuestro arte consiste precisamente en recoger del cielo del espíritu sus tesoros y revestirlos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad»⁶.

Sirva a este respecto la anécdota que contaba en 2002 el entonces cardenal Ratzinger: «Sigue siendo una experiencia inolvidable para mí el concierto de Bach dirigido por Leonard Bernstein en Munich, tras la prematura muerte de Karl Richter. Estaba sentado al lado del obispo evangélico Hanselmann. Cuando se apagó triunfalmente la última nota de una de las grandes cantatas del solista Thomas, nos miramos espontáneamente el uno al otro y con la misma espontaneidad dijimos: “Los que hayan escuchado esta música saben que la fe es verdadera”. En esa música se percibía una fuerza extraordinaria de realidad presente, que suscitaba, no mediante deducciones, sino a través del impacto del corazón, la evidencia de que aquello no podía surgir de la nada; sólo podía nacer gracias a la fuerza de la Verdad, que se actualiza en la inspiración del compositor»⁷.

La Iglesia comprende que el arte es necesario para llevar las almas a Dios. En palabras de Juan Pablo II: «Para transmitir el mensaje que Cristo

5 Mons. Munilla, «La belleza salvará al mundo (El culto al feísmo)», 4/5/2008

6 Pablo VI (1964). *Misa de los artistas*.

7 «La contemplación de la belleza». Mensaje del cardenal Ratzinger a los participantes en el «Encuentro de Rímini» (Italia) 2002

le ha confiado, la Iglesia tiene necesidad del arte»⁸. Y por ello, la Iglesia ha sido la gran aliada del arte a lo largo de la historia. Ha entendido que la belleza a través del arte tiene una fuerza pedagógica incomparable. Mientras que son pocos los que se acercan a obras filosóficas o teológicas, casi todos nos sentimos fascinados por una buena historia, por una cuidada escultura, o por una imponente catedral. Muchos han sido los que se han acercado a Dios a partir del encuentro con la belleza. Muy conocida es la conversión del poeta francés Paul Claudel al entrar una noche de Navidad en la catedral de Notre-Dame y escuchar el *Magnificat* cantado por el coro de niños.

Vivimos en un mundo de misterio y necesitamos ver el mundo con una mirada renovada. La Iglesia entiende que estas obras bellas son transparencia de la verdad y del bien que todo hombre debe conocer. Por ello, ha educado en la sensibilidad artística a tantas generaciones a lo largo de la historia. Tanto es así, que Pío XII llega a afirmar que «las almas refinadas, elevadas, preparadas por el arte, están más dispuestas a acoger la realidad religiosa y la gracia de Jesucristo»⁹.

El arte actual, negación de la belleza

Con el paso de las generaciones, el arte ha ido modificando sus propuestas estéticas. En este sentido, por ejemplo, en poco se parecen los frescos de Fra Angelico en el convento de San Marcos de los de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Y sin embargo, los dos buscan expresar lo inefable a través de las

8 Juan Pablo II, *Íbid.*

9 Pío XII, *Íbid.*



formas y el color. Los dos buscaron expresar lo bueno y lo verdadero a través de lo bello. Y así ha sido siempre en la historia del arte hasta las vanguardias del siglo xx.

A partir de ese momento, el arte rompe con la tradición y ya no aspira a transmitir la belleza. Es más, ridiculiza constantemente el propio concepto de belleza. **El arte no se puede entregar a la verdad porque considera que la verdad ya no existe, que es relativa, mera opinión. Tampoco puede consistir en entregarse al bien porque éste se ha reducido al simple beneficio.**

En este contexto, **la búsqueda de lo bello se sustituye por una búsqueda enfermiza de lo novedoso.** La obra pasa a valer «no sólo por su calidad intrínseca, sino también, y a veces sobre todo, por la medida en

que pueda ser definida como novedad»¹⁰. Una novedad no entendida como la búsqueda de nuevos caminos para la expresión, sino como novedad en sí misma.

Esta negación de lo bello no es más que una manifestación de la soberbia del hombre actual: ya no busca lo excelso, sino que se limita a mostrar su búsqueda interior, que en el fondo es una búsqueda de sí mismo.

En cada una de las novedades se ha ido acentuando la más extrema incomprendibilidad, de tal modo que la gran mayoría del público observa atónito el actual rumbo del arte, pero no se atreve a criticarlo por miedo a parecer inculto o a ser tildado de anticuado.

¹⁰ José Javier Esparza, *Los ocho pecados capitales del arte contemporáneo* (2007).

Aquello que no es bello ni bueno ni verdadero no perdura. Por ello, el arte actual se caracteriza por su fugacidad, como tantas otras ma-

Esta negación de lo bello no es más que una manifestación de la soberbia del hombre actual

nifestaciones del llamado imperio de lo efímero. Resultan paradigmáticas, en este sentido, las actuales *performances*. Se sustituye así el concepto de obra de arte por el de objeto de consumo.

De este modo, el arte queda encerrado en sí mismo. Los caminos de las vanguardias se pierden en una búsqueda hacia la nada. Con profun-

da pena, el tan querido arquitecto y pintor **Ignacio María Serra Goday** reflexionaba sobre este «auténtica decadencia»¹¹ en su discurso de ingreso a la Real Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi: «en el mundo del arte [...] esta falta de principios se ha sentido de tal manera que nos ha llevado en muchos casos a la negación de la esencia misma del arte» donde la pérdida de *seny* generalizado ha conducido «a extasiarse delante de cualquier obra siempre que fuera rara y desagradable»¹².

Serra Goday expresa aquí dos conceptos que son dos caras de la misma moneda: **el del culto al feísmo y el de la autodestrucción del propio arte**. El gusto por lo feo debe entenderse como la complacencia de lo anties-tético. No debe confundirse con la representación de lo repugnante en el arte. Así cuando El Bosco o Giotto representan el infierno lo hacen con figuras grotescas. O cuando Verdi quiere dar voz a Lady Macbeth, busca una soprano de voz áspera y sombría.

11 Serra Goday, *Ibid.* p.10.

12 Serra Goday, *Ibid.* p. 11.

El culto al feísmo del arte actual no es esto, sino la subversión de los papeles de lo bello y lo feo y el enaltecimiento de este último. **Es el nihilismo llevado**

Esta subversión del concepto de belleza no es más que la manifestación lógica del hombre soberbio separado de Dios

al arte que impide la contemplación y, por tanto, la elevación del alma. Es lo que Serra Goday define como la negación del arte de sí mismo.

Si en las siete ramas del arte se puede observar esta rebelión contra la belleza, **en el campo de la literatura y del cine se da una particularidad: con frecuencia no se niega la belleza, sino que se muestra separada de lo bueno y de lo verdadero**. Se muestra así una belleza seductora que, en lugar de mover al hombre a la contemplación, le anima a la posesión y al placer. No le ayuda a elevar la mirada, sino que le recluye sobre sí mismo. Es

el tipo de belleza con que el demonio tienta a Eva: el fruto parecía bello, pero la conduce a la separación con Dios¹³.

Toda esta subversión del concepto de belleza no es más que la manifestación lógica del hombre soberbio separado de Dios. **Es un nuevo Babel**. Ya Pablo VI en la homilía de la Capilla Sixtina en la Misa de los Artistas lo denuncia: «A veces olvidáis el canon fundamental de vuestra consagración a la expresión; no se sabe lo que decís, ni vosotros muchas veces tampoco lo sabéis, y de ahí nace un lenguaje de Babel, de confusión»¹⁴.

Para acabar con esta confusión, es necesario que el arte recupere, de nuevo, el ideal de belleza. En palabras de Serra Goday, hay que recomenzar humildemente y solo será posible cuando el arte «tenga en su inicio un fuerte impulso de vida espiritual»¹⁵.

13 Cf. Benedicto XVI, *Ibid.*

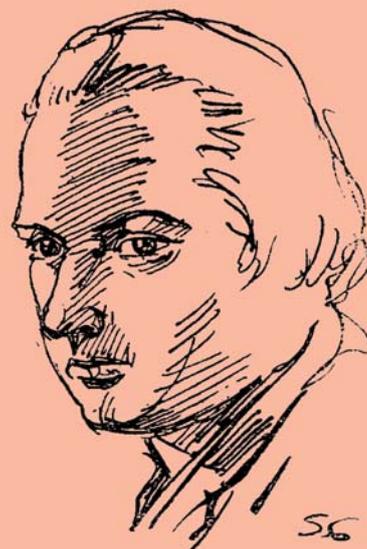
14 Pablo VI (1964)

15 Serra Goday, *Ibid.* p.24.

La negación de lo bello y la soberbia actual

He visto muchas formas de arrogancia en mí mismo y en los otros; pero siendo yo persona que de joven estuvo junto a ellos, puedo por mi experiencia acreditar que no existe petulancia más voraz y descarada, más hiriente y despiadada que la de los artistas de vanguardia y la de esos radicales de la intelectualidad que se vanaglorian creyéndose profundos, oscuros y de gusto refinado, y se precian a la vez del daño que ocasionan. Entre un coro de risas villanescas que expresaban diversión o santo horror, fuimos los fogoneros despreciables que encendieron la caldera del infierno en que se quema hoy la humanidad.

Franz Werfel, *Entre el cielo y la tierra*



RIP Europa

Juan Jesús Jaurrieta

El suicidio demográfico es una realidad en la mayor parte de los estados de Europa y también en España. Menos hijos significa menos hermanos, menos primos y menos nietos, es decir, una sociedad familiarmente desertizada. Con datos en la mano, se puede decir que, o cambian las pautas de fecundidad, o aproximadamente la mitad de los jóvenes hoy no tendrán un solo nieto de mayores.

SI comenzáramos este artículo citando a **Donoso Cortés** en 1849 anunciando, al ver la revolución, que «...la catástrofe que va a venir será la catástrofe por excelencia de la historia»,¹ probablemente nos tildarían de alarmistas, pesimistas o catastrofistas.

Si siguiéramos con las proféticas advertencias de **Pablo VI**, quien en 1968 en la *Humanae vitae* advertía «... si no se quiere exponer al arbitrio de los hombres la misión de engendrar la vida, se deben reconocer necesariamente unos límites infranqueables a la posibilidad de dominio del hombre sobre su propio cuerpo y sus funciones; límites que a ningún hombre, privado o revestido de autoridad, es lícito quebrantar. Y tales límites no pueden ser determinados sino por el respeto debido a la integridad del organismo humano y de sus funciones».² Se nos dirá que nuestra visión cristiana de la vida

nos impide entender la evolución del mundo moderno.

Pero si continuáramos con citas como la de **Michel Rocard**, primer ministro socialista francés de 1988 a 1991, «La mayor parte de los estados de Europa occidental llevan camino de suicidarse por la demografía, sin tan siquiera ser conscientes de ello»³ o la del informe de la ONU en *Perspectivas de la población mundial 2019* «En 2018, por primera vez en la historia, las personas de 65 años o más a nivel mundial superaron en número a los niños menores de cinco años» comenzaríamos a entrever una cierta preocupación desde cualquier campo de la disputa dialéctica.

Y si nos fijamos en que ya en las estructuras gubernamentales de diversos países la cuestión de la demografía y la soledad en la vida se enfrenta como un problema actual de difícil gestión económica y social,

1 Polémica con *El País* y *El Heraldo*, 16 de julio de 1849. *Obras completas*: Ed. Orti y Lara, t. I p, 157. Y en BAC, *Obras completas* (OC) /II/ n°13, p. 340

2 Encíclica *Humanae vitae*. Pablo VI, punto 17

3 Michel Rocard, primer ministro socialista francés de 1988 a 1991, en el cierre de la «Conferencia de las familias», en 1989. Fuente «Demografía, seguridad y patriotismo. Ideas y datos para la reflexión» de D. Alejandro Macarrón Larumbe. Madrid, 12 de febrero de 2020.

que ha dado lugar a la creación de ministerios, secretarías y subsecretarías de Estado, nos damos cuenta de que el tema es una cuestión de primer orden.⁴

Y no puede ser de otra manera, porque, como se leía en el subtítu-

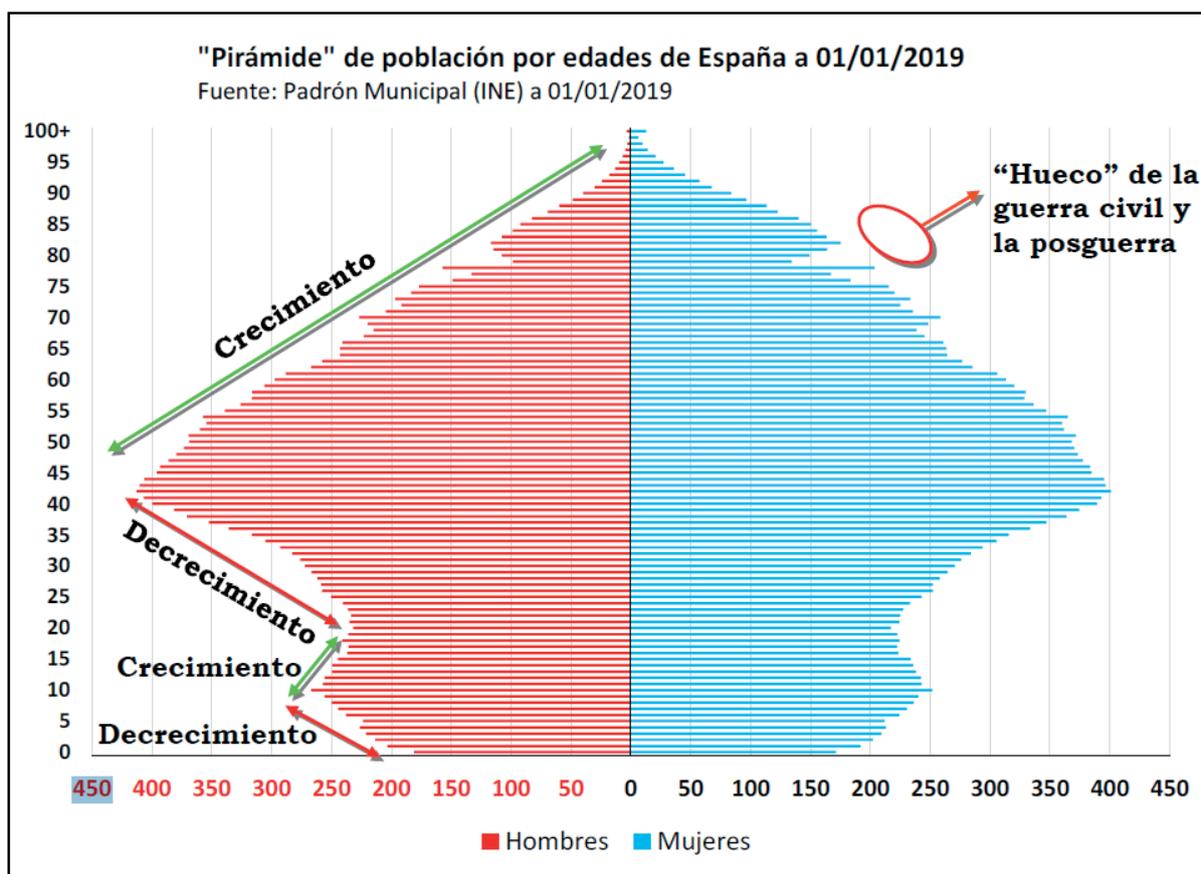
4 Ministerio de transición ecológica y reto demográfico, en España, ministerios de la soledad en Reino Unido y Japón. Ponencias varias en la Comunidad Europea.

lo de la obra de D. Francisco Canals *Política española, pasado y futuro*: «También en política la verdad es la realidad de las cosas».

Esta es «la realidad de las cosas» y su conocimiento está al alcance del curioso que quiera buscar los datos, que en estos momentos están a un clic en cualquier buscador de internet. La situación demográfica en España, semejante (con los matices propios de cada país) a la de Europa,

ha llegado a ser una **pirámide invertida de población**, que hace que las proyecciones demográficas a futuro sean, cuando menos, preocupantes.

En efecto, en el gráfico que insertamos a continuación, vemos cómo la base de la pirámide tiende a un constante estrechamiento, mientras que las generaciones del conocido «baby boom» van engrosando el cuerpo central de la misma. A nadie se le oculta los riesgos de esta situación.



Gráfica tomada de la presentación de Alejandro Macarrón Larumbe, director de la fundación Renacimiento Demográfico. «Suicidio demográfico: cómo afecta a las empresas... y no solo a ellas». Madrid, 31 de octubre de 2019.

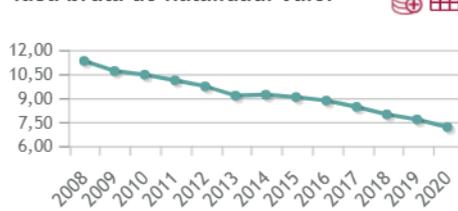
De la lectura de esta gráfica se podrían sacar numerosas conclusiones, pero creo que hay que añadirle, además, para su más exacta interpretación, la gráfica que en el mismo periodo indica la tasa bruta de natalidad.

Indicadores demográficos - Año 2020

	Valor	Variación anual
Tasa bruta de natalidad	1 7,15	-6,16
Indicador coyuntural de fecundidad	2 1,18	-4,65
Edad media a la maternidad	3 32,32	0,24
Tasa bruta de mortalidad	1 10,38	17,52
Tasa de mortalidad infantil (menores de un año)	4 2,66	0,42
Esperanza de vida al nacimiento	3 82,34	-1,48
Tasa bruta de nupcialidad	1 1,91	-45,58

- 1. Por mil habitantes
- 2. Número de hijos por mujer
- 3. Número de años
- 4. Por mil nacidos vivos

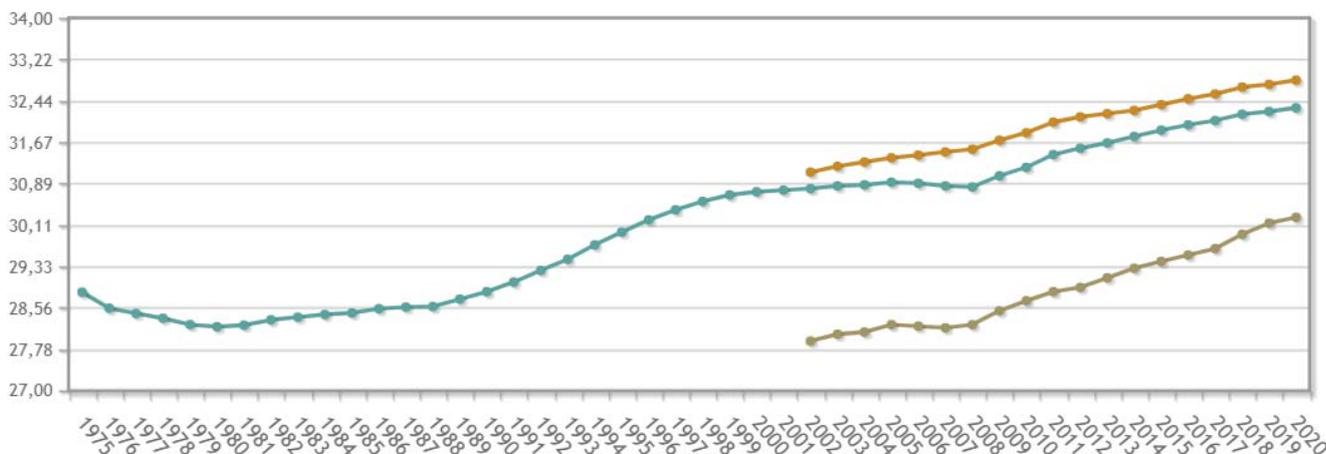
Tasa bruta de natalidad. Valor



Instituto Nacional de Estadística. Cuadro de tasa de natalidad.

Contemplamos cómo la misma es una línea descendente, que no tiene el exacto reflejo en la pirámide de población debido a factores como el control de la variante de mortalidad infantil y los fenómenos migratorios.

Podemos añadir a estos datos, la gráfica sobre la edad de alumbramiento del primer hijo que sigue, al contrario que antes, una inclinación ascendente. De esta manera vamos matizando más la interpretación de los datos.



Instituto Nacional de Estadística. Tablas interactivas.

La línea de abajo representa la evolución de la edad de las madres extranjeras para tener a su primer hijo y la línea superior, la que indica el dato para las madres españolas. La línea del medio es la media de ambos indicadores.

En definitiva, **cada vez se tienen menos hijos, y cada vez se tienen en una edad más avanzada.** El nivel de reemplazo generacional (2,1 hijos por mujer) que garantiza la renova-

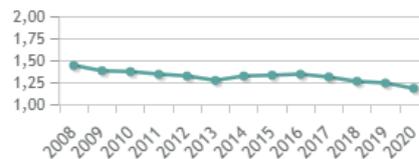
ción de una población y su supervivencia, es inalcanzable para los españoles. No se logra desde 1980, es decir desde hace cuarenta años. Tras esa fecha, el descenso de esa cifra no ha parado de disminuir. Las madres españolas siguieron con la tendencia de tener cada vez menos hijos y de forma más tardía. Desde 1987 no se supera la barrera de 1,5 hijos por mujer (Instituto de Política Familiar de España). En la actualidad es de 1,31.

Indicadores demográficos - Año 2020

	Valor	Variación anual
Tasa bruta de natalidad	1 7,15	-6,16
Indicador coyuntural de fecundidad	2 1,18	-4,65
Edad media a la maternidad	3 32,32	0,24
Tasa bruta de mortalidad	1 10,38	17,52
Tasa de mortalidad infantil (menores de un año)	4 2,66	0,42
Esperanza de vida al nacimiento	3 82,34	-1,48
Tasa bruta de nupcialidad	1 1,91	-45,58

- 1. Por mil habitantes
- 2. Número de hijos por mujer
- 3. Número de años
- 4. Por mil nacidos vivos

Indicador coyuntural de fecundidad. Valor



Estudio de la oficina estadística comunitaria Eurostat sobre los nacimientos en la E, marzo de 2019

En palabras del Sr. Macarrón en el trabajo que hemos seguido para ilustrar este artículo: «España, toda Europa y medio mundo tienen una fecundidad inferior a la necesaria para el relevo generacional. La baja natalidad y una esperanza de vida creciente configuran un cóctel «implosivo» que conduce a una población cada vez más envejecida, que tiende a menguar y, en último término, a desaparecer: es el denominado “invierno demográfico” o “suicidio demográfico”».

A nadie se le escapan las múltiples consecuencias de esta situación a corto y medio plazo, como mínimo «...no sólo las pensiones peligran. La economía en conjunto queda estructuralmente lastrada, la democracia tiende a gerontocracia, y la vida afectiva se ve dañada por la soledad y unas familias muy cortas. En el plano geopolítico, España y Europa tienden a la irrelevancia por su menguante peso humano. Y la sociedad tiende a la extinción». (A. Macarrón)

Todo ello se agudiza en España que es el segundo país de la Unión Europea con la tasa de fertilidad más baja (1,31 hijos por mujer) solo por delante de Malta (1,26).

Otro dato a tener en cuenta es el aumento del número de nacimientos entre madres solteras o sin casarse, que hace evidente el declive de la institución familiar. Esta pérdida del peso de la institución familiar en nuestra sociedad es una de las causas más importantes del declive en la tasa de natalidad y fecundidad. Si no hay estabilidad en las relaciones matrimoniales, no hay hijos. Podemos ilustrar estos

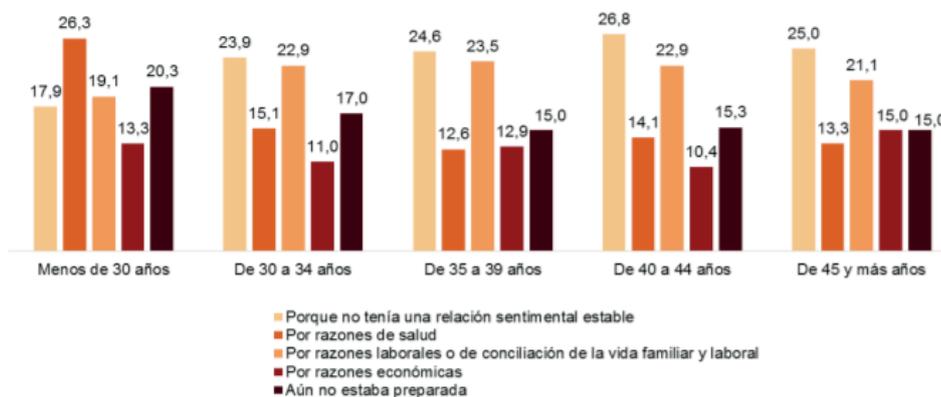
datos con la información de que el 88,1% de las mujeres de entre 18 y 30 años y el 79,2% de las mujeres de entre 25 y 29 años aún no ha tenido hijos. Esto supone una reducción importantísima en el periodo de fertilidad de la mujer (de 15 a 49 años, según el INE).



Fuente «El Mundo», 2 de febrero de 2020, artículo de Marta Ley. Fuente: Estadística de partos (INE). Ley/Información M.Vaquero/El Mundo Gráficos.

No obstante, el 42% de las mujeres residentes en España de edades comprendidas entre 18 y 55 años ha tenido su primer hijo más tarde de lo que consideraban ideal. De media, el retraso asciende a 5,2 años.

Principales motivos del retraso de la maternidad respecto del momento ideal Porcentaje de mujeres



https://www.ine.es/prensa/ef_2018_d.pdf

Todos estos datos, que se pueden reforzar con breves consultas al INE, indican una realidad de inversión de la pirámide demográfica. Los expertos en demografía podrán discutir sobre el significado, las ventajas, los inconvenientes de dicha situación, los políticos podrán discutir si conviene tomar medidas o no tomarlas, y en su caso qué medidas tomar, los ideólogos podrán discutir sobre las causas del fenómeno, pero nadie puede discutir su existencia.

Posibles causas del fenómeno

Es evidente que un fenómeno de tal magnitud no tiene una sola causa concreta, pero también es evidente, que, dentro de las posibles causas, las más importantes son las que tienen que ver con las ideológicas. Como hemos visto en el cuadro anterior, no es la causa económica la principal causa que retrasa la edad de tener el primer hijo.

Decía Bernanos que «las civilizaciones mueren como los hombres; sin embargo, no mueren a la manera de los hombres. En ellas la descomposición precede a la muerte, en vez de seguirla».⁵ Y, si esto es así, en Es-

paña –que lidera el ranking mundial del desastre demográfico– la corrupción de la sociedad es máxima.

No tenemos más que volver al número de *Cristiandad* dedicado a las leyes inicuas en España (agosto-septiembre de 2021) para darnos cuenta de la terrible verdad que esconde la afirmación anterior. La descomposición precede a la muerte. Podemos poner los ojos en el divorcio, el aborto, las leyes de educación, las leyes de reproducción sexual, las llamadas leyes de protección de la infancia, las leyes «trans» e incluso la ley de la eutanasia. Todo ello nos lleva a una concepción antropológica en la que se destruye a la persona, que no es sino un sujeto destinado al disfrute, al goce o a la diversión... y, por tanto, enemigo de todo aquello que constituye para él un compromiso o una responsabilidad, comenzando por la libertad y, por lo que se ve, el engendrar vida.

Igualmente, la pérdida del sentido moral de la vida, la concepción del mundo alejado de toda religión o desligado de cualquier idea trascendente, hace que nada merezca la pena, provoca una falta de esperanza que impide al hombre emprender ideales grandes, proyectos a largo plazo. La horizontalidad de

la vida reduce la perspectiva de la misma. En este sentido, son reveladoras las estadísticas que he incluido anteriormente y que indican que el deseo natural de las mujeres de tener hijos se pospone hasta cinco años o incluso se anula, por diversas circunstancias, todas ellas bastante relativas comparadas con el hecho inmenso de traer hijos al mundo.

Posibles soluciones

Igualmente, ante un panorama como el expuesto, con una multitud de causas, no es fácil proponer soluciones. Pero nos parece evidente que hay que afrontar la cuestión como un verdadero problema de subsistencia. Y las soluciones no pueden ser parciales o minimalistas, aunque se ha demostrado que las políticas pronatalistas llevadas a cabo por algunos gobiernos en Europa, ha elevado muy lentamente las tasas de fertilidad, pero sin llegar todavía a la necesaria para el relevo generacional. Si adoptamos las mismas soluciones parciales, llegaremos a los mismos resultados parciales, aunque cualquier medida que se tome en este campo, es absolutamente urgente, por pequeña que sea.

Si, Bernanos tenía razón, habría que proponer una restauración que

⁵ Conferencia de Javier Barraycoa Martínez. «La implosión o la muerte anun-

ciada de España». Septiembre de 2021.

atacase todas las causas de corrupción de la sociedad actual, y solo así, quizá, se pudiera llegar a revertir una situación que se está volviendo insostenible. Por más reformas que se hagan, el déficit de nacimientos es tan tremendo, que sin más niños solo «se logrará administrar mejor la penuria.»⁶

Vuelvo a proponer la consideración de Donoso Cortés con la que inicié este artículo ...«Torcer el curso de las cosas en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí solo pueda llevarla a cabo; y apenas podría ser llevada a término dichoso si obra-

6 A. Macarrón. Trabajo citado anteriormente

ran con concierto todos juntos. Yo dejo al cuidado de ustedes averiguar si este concierto es posible, y hasta qué punto lo es; y decidir si, aun en el caso de que sea posible, la salvación de la sociedad no sería de todos modos un verdadero milagro».

No nos queda otra más que cambiar los corazones de los hombres. ¿Y quién es capaz de cambiar el corazón de un hombre? ¿Quién puede convertirlo de egoísta a generoso, de perezoso en diligente, de materialista a hombre espiritual...? ¿Quién puede cambiar la cultura de la muerte en la cultura de la vida...? ¿Dónde encontrará la esperanza? De aquí el profundo sentido de las palabras del padre Orlandis en *Pensamientos y ocurrencias* cuando propone «una

legión de almas pequeñas» que «conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestro tiempo, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús (...)» En definitiva, el acatar el suave yugo del amor del Corazón de Jesús es el único remedio para los males que afligen esta sociedad, también en el aspecto demográfico.

El tesoro de la paternidad y la maternidad

El otro día, hablaba sobre el invierno demográfico que hay hoy: la gente no quiere tener hijos, o solamente uno y nada más. Y muchas parejas no tienen hijos porque no quieren o tienen solamente uno porque no quieren otros, pero tienen dos perros, dos gatos... Sí, perros y gatos ocupan el lugar de los hijos. Y este hecho de renegar de la paternidad y la maternidad nos rebaja, nos quita humanidad. Y así la civilización se vuelve más vieja y sin humanidad, porque se pierde la riqueza de la paternidad y de la maternidad. Y sufre la patria, que no tiene hijos (...) Yo le pido a san José la gracia de despertar las conciencias y pensar en esto: en tener hijos. La paternidad y la maternidad son la plenitud de la vida de una persona.

Papa Francisco, catequesis sobre san José (6). *San José, el padre putativo de Jesús*. Audiencia general, 5/1/2022



De los males que afligen al mundo moderno

Recogemos a continuación textos programáticos de los papas modernos y juicios que han dado sobre la situación del mundo y su alejamiento de Dios

«**Inscrutabili Dei consilio**» (León XIII)

«Desde los primeros días de nuestro pontificado se nos presenta a la vista el triste espectáculo de los males que por todas partes afligen al género humano: esta tan generalmente difundida subversión de las supremas verdades, en las cuales, como en sus fundamentos, se sostiene el orden social».



«**Qui pluribus**» (Pío IX)

«En los tiempos calamitosos que vivimos, hombres unidos en perversa sociedad e imbuidos de malsana doctrina, cerrando sus oídos a la verdad, han desencadenado una guerra cruel y temible contra todo lo católico, han esparcido y disemi-

nado entre el pueblo toda clase de errores, brotados de la falsía y de las tinieblas».

«**E supremi apostolatus**» (S. Pío X)

«Quién ignora, efectivamente, que la sociedad actual, más que en épocas anteriores, está afligida por un íntimo y gravísimo mal que, agravándose por días, la devora hasta la raíz y la lleva a la muerte».

«**Ubi arcano**» (Pío XI)

«Lo que es más de lamentar, lo que se echa de menos en muchas partes es la conducta de vida verdadera mente cristiana, de modo que no sola mente la sociedad parece no progresar en la verdadera civilización de que suelen gloriarse los hombres, sino que parece querer volver a la barbarie».

«**Ubi Primum**» (Benedicto XV)

En efecto, desde que se han dejado de aplicar en el gobierno de los estados la norma y las prácticas de la sabiduría cristiana, que garantizaban la estabilidad y la tranquilidad del

Pío XII en las calles de Roma tras el bombardeo de Roma de 1943



orden, comenzaron, como no podía menos de suceder, a vacilar sus cimientos las naciones y a producirse tal cambio en las ideas y en las costumbres, que si Dios no lo remedia pronto, parece ya inminente la destrucción de la sociedad humana.

«Summi pontificatus» (Pío XII)

«El nefasto esfuerzo con que no pocos pretenden arrojar a Cristo de su reino, niegan la ley de la verdad por Él revelada y rechazan el precepto de aquella caridad que abriga y corrobora su imperio como con un vivificante y divino soplo, es la raíz de los males que precipitan a nuestra época por un camino resbaladizo hacia la indigencia espiritual y la carencia de virtudes en las almas».

«Ad Petri cathedram» (Juan XXIII)

«La causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, y perturban las mentes de muchos, es la ignorancia de la verdad. Y no sólo su ignorancia, sino a veces hasta el desprecio y la temeraria aversión a ella. De aquí proceden los errores de todo género que penetran como peste en lo profundo de las almas y se infiltran en las estructuras sociales, tergiversándolo todo; con peligro de los individuos y de la convivencia humana».

«Ecclesiam suam» (Pablo VI)

«El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del cristianismo; el relativismo, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, atenta al carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir todo esfuerzo, toda molestia en la práctica ordinaria de la vida, acusa de inutilidad fastidiosa a la disciplina y a la ascesis cristiana».

«Redemptor hominis» (Juan Pablo II)

«La situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral, como de las exigencias de la justicia o aún más del amor social.

Nuestro siglo ha sido hasta ahora un siglo de grandes calamidades para el hombre, de grandes devastaciones no sólo materiales, sino también morales, más aún, quizá sobre todo morales. Es necesario constatar que hasta ahora este siglo ha sido un siglo en el que los hombres se han preparado a sí mismos muchas injusticias y sufrimientos».

«Spes salvi» (Benedicto XVI)

«En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran

esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente “vida”. Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la “vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud».

«Lumen Fidei» (Francisco)

«Recuperar la conexión de la fe con la verdad es hoy aun más necesario, precisamente por la crisis de verdad en que nos encontramos. En la cultura contemporánea se tiende a menudo a aceptar como verdad sólo la verdad tecnológica: es verdad aquello que el hombre consigue construir y medir con su ciencia; es verdad porque funciona y así hace más cómoda y fácil la vida. Hoy parece que ésta es la única verdad cierta, la única que se puede compartir con otros, la única sobre la que es posible debatir y comprometerse juntos... La verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto, es vista con sospecha. ¿No ha sido esa verdad –se preguntan– la que han pretendido los grandes totalitarismos del siglo pasado, una verdad que imponía su propia concepción global para aplastar la historia concreta del individuo? Así, queda sólo un relativismo en el que la cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa.

La máquina del Leviatán, el espíritu que anima a nuestras sociedades occidentales

Pedro del Río de Murtinho

En las sociedades modernas la voluntad de los hombres está desentendida de todo orden y finalidad anterior a sí misma

Nuestra sociedad moderna, el *Leviatán*, es una máquina completamente estructurada, que exige un arduo conocimiento a quien se desenvuelva en ella. Es evidente el **carácter artificioso de su organización, sus leyes, sus relaciones internas, sus cultos, sus fiestas, etc.** Cada ámbito en el que nos movemos supone una ciencia técnica y un lenguaje específicos, que se aleja de lo que un común mortal sabe por connaturalidad o sentido común; cada dimensión de la vida moderna supone un manual de cómo configurar y utilizar un producto artificial. «Moverse» en los mercados para administrar los bienes económicos de una familia, participar del mundo político y entender sus «mecanismos», apreciar el «mensaje» de una obra de arte contemporánea, acceder al «sistema» de salud, comprar seguros de autos así como «seguros de vida», organizar y entender los contenidos y «programas» de educación colegial y universitaria, y hasta la mis-

ma educación de los hijos por parte de los padres... cada cosa exigiría el estudio de una carrera técnica completa. A lo que se suma la vertiginosa rapidez con que estas estructuras caducan y se renuevan. También las interacciones humanas (y para qué decir con los efectos de las medidas ante el coronavirus) son cada vez más distantes y despersonalizadas; más que relación entre personas, es interacción entre funcionarios. Nuestras costumbres, fiestas y cultos se han adecuados a la radical volubilidad e invención de las modas e intereses económicos y políticos. Dicha artificiosidad se ve también en el creciente carácter antinatural —y por ende, antihumano— de las leyes que han ido apareciendo en un orden sistemático y programado desde hace siglos. En resumen, **nos referimos a un carácter artificioso que no apunta tanto al creciente desarrollo tecnológico como a algo más radical, al mismo espíritu que anima nuestras sociedades occidentales.** Por eso hay que ir a la raíz

de lo específico de la sociedad occidental moderna y liberal.

¿Qué configura a la sociedad moderna?

Las sociedades del mundo clásico y de la Cristiandad tienen por base la **ley natural** (asumida y perfeccionada por la ley divina en estas últimas); las sociedades modernas, en cambio, la voluntad de los hombres desentendida de todo orden y finalidad anterior a sí misma. De aquí se desprenden también dos modos de entender el derecho, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, etc. Es decir, lo que configura la estructuración y la finalidad de la sociedad moderna y liberal es una voluntad indeterminada y consensuada, mientras que en las primeras, es una realidad anterior al hombre, que debe conocer y respetar, y que está en la raíz de su misma sociabilidad: **la naturaleza**.

Santo Tomás dice que el conocimiento de la naturaleza es un orden de cosas que el entendimiento humano no hace ni modifica, sino que sólo considera; mientras que el arte y la técnica es precisamente aquel orden que el entendimiento humano hace y modifica en las cosas de las cuales es causa.¹ La organización política –que siempre tiene un aspecto de artificial– del mundo «antiguo» presupone la consideración y contemplación de la naturaleza, en la que se enmarca también la **naturaleza humana;**² **la del mundo moderno**

es primera y exclusivamente artificial, una pura creación del hombre que no toma en cuenta sino accidentalmente la naturaleza humana.

Ya la aparición de la «ciencia nueva» supone esta inversión del orden de la contemplación y la praxis³ (en el sentido de poiesis) en la relación del hombre con la naturaleza, como es patente en el siguiente texto de Descartes:

«En lugar de la filosofía especulativa enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podríamos aprovecharlas del mismo modo en todos los usos a que sean propias, y de esa suerte hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza».⁴

Es decir, el objetivo de la nueva ciencia de la naturaleza no es ya conocerla sino dominarla, y por eso el ejemplar de dicha «práctica» son los «oficios de nuestros artesanos». La ciencia nueva es principalmente técnica, práctica, es decir conocimiento de la naturaleza en cuanto materia de la acción técnica; así como la carpintería supone un conocimiento de las propiedades de la madera. De este modo se explica que también el mis-

Pero además agrega que la política no es saber práctico en el sentido de las artes mecánicas, que son causativas de algo que pasa a materia exterior, sino que es práctico en la misma línea de la ciencia moral: considera la dirección de los hombres que ya son entes constituidos en su naturaleza.

³ Cf. Antoni Prevosti i Monclús, *La física d'Aristòtil*, Barcelona: PPU, 1984. p.37.

⁴ René Descartes, *Discurso del Método*, Madrid: Gredos, 2011. 6ª parte.

mo Descartes entienda los vivientes naturales como máquinas más o menos complejas.⁵

La sociedad moderna no toma en cuenta la naturaleza humana porque no es determinada por la voluntad consensuada; la desconoce y, por eso podemos decir que para ella el hombre ni siquiera es social por naturaleza. El conocimiento del

La sociedad moderna no toma en cuenta la naturaleza humana porque no es determinada por la voluntad consensuada

hombre en la organización política es entonces algo técnico porque es la materia a organizar y dominar, algo con lo que hay que lidiar. Por eso **Hobbes**, uno de los padres del liberalismo, dice que «mediante el arte se crea ese gran Leviatán que se llama una república o Estado, y que no es sino un hombre artificial»,⁶ para cuyo conocimiento es necesario considerar «la materia de que consta y el artífice; ambos son el hombre».⁷

El carácter artificioso de nuestra sociedad

Podemos entonces, para profundizar en el carácter artificioso de nuestra sociedad, hacer una analogía de la comparación entre la organización de la sociedad antigua y la sociedad moderna, con la comparación entre un viviente físico (pues en

⁵ Cf. René Descartes, *Tratado del hombre*, Madrid: Gredos, 2011. 1ª parte; *Discurso del Método*, 5ª parte.

⁶ Thomas Hobbes, *El Leviatán*, Buenos Aires: Losada, 2015. intro.

⁷ Íbid.

¹ Cf. Santo Tomás de Aquino, *In Ethic*, L.I, l.1.

² Por eso santo Tomás de Aquino, en el prólogo de su Comentario a la *Política* de Aristóteles, comenzará citando el aforismo clásico «el arte imita la naturaleza», por eso el saber político tendrá en la naturaleza su primer ejemplar.

los vivientes es donde más se manifiesta la naturaleza) y una máquina, el producto de la técnica; dos formas de unidad de una pluralidad.

Primero hay que notar que un ser vivo es una substancia, mientras que la máquina es una unidad de orden. El alma, la forma del viviente, es forma substancial de un cuerpo, lo que quiere decir que el cuerpo es lo que es por el alma; sin el alma, el cuerpo se descompone. En cambio, como dice santo Tomás, «todas las formas artificiales son accidentales, ya que el arte sólo opera sobre lo que ya está constituido por la naturaleza».⁸ La forma de un artefacto acaece sobre algo ya constituido en su propia naturaleza: madera, acero, plástico, etc., que no dejan de ser lo que son por recibir la forma de la máquina.

Que la forma del ser vivo sea substancial, implica que también es principio de operaciones, es una naturaleza, y la naturaleza es lo que tiene en sí mismo el principio del

movimiento y del reposo. La planta tiende por su misma configuración a crecer, a nutrirse, a buscar el sol, etc. Las cosas que son por arte no tienen tendencia al movimiento a no ser *per accidens*, es decir, porque están hechas –como recién dijimos– de algo que ya está constituido en su naturaleza. La silla envejece en cuanto es de madera; el cuchillo pesa en cuanto está hecho de acero, etc.

Tanto los seres vivos –en cuanto naturales– como los artefactos tienen un fin, pero los seres vivos tienden a él por su propia configuración, y se mueven a él por sí mismos. Mientras que el de los artefactos les es impuesto por algo extrínseco; nosotros somos el fin de los artefactos o máquinas,⁹ pero como no los configuramos en su naturaleza, estas cosas en cuanto están hechas de algo, tienden a otra cosa. Y su movimiento hacia el fin es, en cierto modo, violento, porque viene de fuera, ya que lo violento

es lo que procede por un principio extrínseco contrario al principio intrínseco, y por eso es opuesto al natural, ya que éste es el que se origina por principio intrínseco.¹⁰ El animal cuando se alimenta se perfecciona, se deleita, y por eso se dice que reposa. El desplazarse, en cambio, le es indiferente al automóvil, no se perfecciona al moverse; y reposa porque simplemente ha cesado la causa extrínseca de su movimiento.

Vamos a otra comparación. Los seres vivos físicos tienen diversidad

¹⁰ Hay que notar, como precisa santo Tomás, que «no siempre es movimiento violento cuando lo pasivo es alterado por su principio activo, sino cuando esto sucede contra su tendencia interior; de otra suerte todas las alteraciones y generaciones de los cuerpos simples serían antinaturales y violentas, siendo así que son naturales por la aptitud natural interior de la materia o del sujeto para tal disposición. De igual manera, cuando la voluntad es movida por el objeto apetecible según su inclinación propia, no es movimiento violento sino voluntario». *S. Th.* I-II, q.6, a.4, ad.2.

⁸ Santo Tomás de Aquino, *De principiis naturae*, n.1

⁹ Santo Tomás de Aquino, *In Physic.*, L.II, l.4, n.8.



de partes, por eso dice Aristóteles que es una propiedad de ellos tener un cuerpo organizado. Estas partes se constituyen por las distintas facultades en orden a sus operaciones vitales. Un perro tiene patas para moverse, sistema digestivo para nutrirse, ojos para ver, etc. Podemos decir que una máquina también puede tener distintas partes en orden a distintas funciones: acelerador, embrague, cambios, ruedas, etc. Pero, como decía Petit en su curso sobre el *De anima*, solo un ser vivo es organizado, mientras que una máquina lo es en sentido metafórico. ¿Por qué? El siguiente texto del Aquinate nos ayudará a entenderlo:

[El alma] es forma de todo el cuerpo en cuanto lo es también de cada una de sus partes, pues si fuera forma del todo y no de las partes, no sería forma sustancial de tal cuerpo; como la forma de una casa, que es forma del todo y no de cada una de sus partes, es forma accidental. Además, que el alma sea forma sustancial del todo y de las partes se demuestra por el hecho de que tanto el todo como las partes reciben del alma la especie. De donde faltando el alma, ni el todo ni las partes conservan su especie; pues el ojo y la carne de un muerto no se dicen sino equivocadamente.¹¹

Es uno y el mismo el principio de todo el ser vivo, de toda su configuración, mientras que la forma artificial, por ser accidental lo es solo del todo y no de las partes. Por eso, al ejercer su operación una parte del viviente, es todo el viviente el que obra. Al alimentarse el perro, se alimenta entero, todas sus partes contribuyen al acto, y es el todo el que se nutre. No es el estómago del perro ni las raíces del animal lo que se ali-

menta. Así como también, digo que me duele el dedo al golpeármelo y no que al dedo le duele el golpe. Las cosas artificiales tienen diferencias de partes pero su unidad es accidental. Cada una de sus partes tiene una actualidad y subsistencia independiente del todo, y por ende también una diversa finalidad. Por eso, cuando se muere un ser vivo, este se descompone entero, mientras que una máquina se estropea porque sus partes caducan a destiempo.

Porque es uno el principio de todo el organismo, cada una de las

Por otra parte, un orden o es natural o es artificial, es decir, intrínseco o extrínseco. Y el movimiento que no es acorde al principio intrínseco de una cosa, es necesariamente un movimiento violento

facultades y operaciones tienden al bien del todo y a lograr su fin. Cuando el viviente crece, se desarrolla hacia su perfección, su madurez. Cuando se nutre, todo el viviente se beneficia. Cuando algo inanimado, como un artefacto, «crece», es por adición de partes o por la expansión producto del calor, etc. La máquina no se nutre, consume. La función que ejerce una parte de la máquina en cuanto parte, es accidental a sí misma. Y a lo que tiende la parte, en cuanto es algo ya determinado en su ser, es accidental a la finalidad del todo; el cuchillo es de acero por su dureza y maleabilidad, por eso puede ser reemplazado por otro material que cumpla con dicha función.

La sociedad liberal y su estructura política

Vamos ahora a analizar la sociedad liberal y su estructura política. Como artificial que es la estructura de la sociedad moderna –por ser un puro producto de la razón y voluntad indeterminada–, es accidental a la misma sociedad, y, por ende –en cuanto que no se basa en las inclinaciones naturales del hombre–, es ajena a ella la finalidad de dicha estructura, y violento el movimiento hacia el fin que le impone. Tenemos una «materia» configurada con sus propiedades, inclinaciones, singularidades, etc., a la cual le es impuesta, sea por consenso o no, una finalidad determinada por la autoridad, o el poder que sea (económico, judicial, magisterial, etc.). Aquella finalidad, de la cual se desprende todo un orden, sea el progreso técnico, el crecimiento económico, la igualdad de clases, la salud, etc. es ajena al hombre en cuanto tal, y por eso no le perfecciona, a no ser *per accidens*. No tiende por naturaleza hacia él, ni reposa en ello. Es necesario que haya una fuerza exterior que le mueva hacia los fines determinados, sea una coacción agresiva o incentivos del tipo que sean, de otro modo «reposaría», dejaría de cumplir sus funciones, o tendería hacia lo que le es propio. Por eso se debe normativizar y regular todo; las leyes, formularios y protocolos se multiplican, porque cada individuo de la sociedad, en cuanto liberal, tiende hacia el fin que le sale de las narices. Las partes de la máquina tienden a la dispersión, porque ya son un todo en sí mismas, y que luego reciben un todo accidental. Sólo la fuerza con que se impone la forma artificial asegura la funcionalidad de todas las partes de

11 Santo Tomás de Aquino, CG, L.II, c.72.

Ya somos materia inerte

Con la aprobación de la eutanasia ya puede decirse sin exageración que hemos dimitido de todas las inclinaciones propias de los seres vivos. Decía santo Tomás que existen tres inclinaciones naturales en el ser humano que la ley debe proteger: una específica del hombre, que es la inclinación a vivir en comunidad y conocer a Dios; otra que el hombre comparte con los animales, que es la procreación; una tercera que el hombre comparte con todo lo que existe, que es la conservación de su ser. Primero hicieron leyes que disolvían la comunidad política y mataban el anhelo de conocer a Dios, después hicieron leyes contra la procreación y ahora –con irreprochable lógica– hacen una ley contra la conservación del ser. Detrás de esta involución hacia la materia inerte, anida el concepto corrosivo de autodeterminación, la libertad que no acepta el orden del ser, la libertad que no se atiene a la verdad de la realidad humana y se cree capaz de reconfigurarla a su gusto. Una libertad que promete endiosar al hombre (aunque sólo lo animaliza, hasta convertirlo finalmente en materia inerte) y le concede instrumentos jurídicos para deshacerse de todo cuanto lo «limita» o «coarta» (o sea, lo mantiene en el orden del ser), exaltando sus pasiones más torpes y sus ambiciones más egoístas, en aras de alcanzar una individualidad soberana, autónoma, independiente de todo, incluso de sí misma.

Juan Manuel De Prada, «La estación final del liberalismo», *Verbo* 595-596 (2021) 396



la máquina. Por eso dice Hobbes, que debe existir algo capaz de hacer constante y duradero el pacto social, «y esto es un poder común que los mantenga en el temor y dirija sus acciones al beneficio común».¹²

También, dicha estructura debe permearlo todo para mantener la «materia» ordenada según sus principios, y su cohesión interna. No puede haber instituciones intermedias, asociaciones, ni «iniciativas

12 Thomas Hobbes, *El Leviatán*, II, c.17.

privadas», que el Estado sólo permite o concede en cuanto se ajusten a sus fines. Mucho menos puede haber una religión o ley natural que organice la sociedad entera con otro fin, así como la madera para ser utilizada necesita estar muerta y arrancada del árbol. También, como la materia debe ser proporcionada a la forma artificial, la estructura política liberal necesita adecuar los individuos a su forma, esto es, moldearlos mediante la publicidad comercial, propaganda

política, lenguaje demagógico artificial, educación pública, etc.

El arte suele utilizar —salvo contados casos como la jardinería— materiales inertes, pues estos son los más indeterminados y potenciales, y por ende más aptos para recibir todo tipo de formas. Por esto también la **estructura moderna debe también modelar las costumbres, de tal manera que se deshumanice la sociedad, y no tenga determinación e inclinaciones propias.** Luego, un primer enemigo

de la máquina liberal son las fiestas, la historia y las tradiciones de una nación; todo aquello que la identifica, la configura y la mantiene en su unidad natural. Asimismo debe fomentar la inmoralidad para que los individuos no sean dueños de sí mismos. Es necesario deformar o «de-construir» –como se dice en nuestros días– la humanidad.

La artificiosidad de los regímenes liberales, y por ende, su aplastante tiranía en todos los ámbitos de la vida humana, tienen por origen el rechazo de Dios, de su ley natural y revelada, de su soberanía, de su creación

Como decíamos, las distintas facultades, alcanzando su perfección en la operación, perfeccionan al todo y viceversa. Pero las partes de una máquina son independientes y la finalidad del todo –las funciones de una máquina– son ajenas a las partes. El que se perfecciona con la finalidad del artefacto en cuanto artefacto es, como vimos con santo Tomás, el que lo usa. El usuario, por tanto, de la máquina del Leviatán es quien se perfecciona con ella. Si su configuración es establecida por consenso mediante una constitución o lo que sea, es irrelevante; quien dirige la máquina es siempre en último término el gobierno de

turno o una gran empresa, o peor aún, alguna organización superior que utiliza los mismos gobiernos de turno y las empresas.

Como decíamos al comienzo, la raíz de la sociedad moderna es la voluntad indeterminada del hombre, y por ende su organización es un producto de esta voluntad, porque este es el principio fundamental del liberalismo. Lo que es producido por la voluntad humana en las cosas es lo artificial. Por otra parte, un orden o es natural o es artificial, es decir, intrínseco o extrínseco. Y el movimiento que no es acorde al principio intrínseco de una cosa, es necesariamente un movimiento violento. Por ende, cuanto más liberal una sociedad, más artificial es su orden; y cuanto más artificial es el orden político, más violento, o —lo que es lo mismo— más tiránico. No hay otra salida. Más invasiva, absoluta e inhumana será la política, la economía, la salud, o todo el Estado, y a la vez, más inestable, más tendiente a la anarquía. Más numerosas sus leyes, más complejas sus estructuras y dinámicas, más desarraigadas del hombre común y la vida familiar. Por eso también, resultan a la larga infecundas y contraproducentes contra los poderes despóticos, las iniciativas y defensas que argumentan en nombre del pluralismo, la libertad de culto, la democracia (en el sentido moderno del término), y en fin, en nombre de cualquier principio liberal.

El soporte ideológico último del principio fundamental del liberalis-

mo es el ateísmo. En efecto, como genialmente afirma Canals siguiendo al magisterio de la Iglesia, otorgar a la voluntad humana general el título de fuente primera y única del orden social, y de toda norma ética, lleva inherente «el interpretar la democracia como un absoluto, y el ejercicio de la misma como algo en que la humanidad ejercita prácticamente el rechazo de toda norma trascendente a lo humano».¹³ La artificiosidad de los regímenes liberales, y por ende, como hemos dicho, su aplastante tiranía en todos los ámbitos de la vida humana, tienen por origen el rechazo de Dios, de su ley natural y revelada, de su soberanía, de su creación. ¡Ay de quien litiga con su hacedor, tuestos entre tuestos de barro! (Is 45,9).

Por eso queremos terminar con las mismas palabras de Pío XII citadas por Canals:

«Una sana democracia, fundada sobre los inmutables principios de la ley natural y de las verdades reveladas, será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin freno ni límites, y que hace también del régimen democrático, no obstante las contrarias pero vanas apariencias, un verdadero y simple sistema de absolutismo».¹⁴

¹³ Francisco Canals V., «El ateísmo como soporte ideológico de la democracia», *Cristiandad* n.628-631 (julio-octubre 1983).

¹⁴ SS. Pío XII, Mensaje de Navidad de 1944. Cf. Francisco Canals V., op. cit.

Cuando se pretende fundamentar el humanismo sobre el hombre mismo, ocurre lo mismo que cuando se pretende erigir un edificio al margen de cualquier apoyo exterior: se derrumba. Para que el hombre pueda elevarse, le hace falta un cielo.

Fabrice Hadjadj, *Ultimas noticias del hombre (y de la mujer)*, Homo Legens, 2017, 15



Hemos leído

Aldobrando Vals

Feminismo, secularización y apertura al mundo en palabras de Natalia Sanmartín

Aleteia

Vidal Arranz entrevista a la escritora Natalia Sanmartín en Aleteia a propósito de la reedición de su libro Un cuento de Navidad para Le Barroux. A lo largo de la entrevista, se abordan temas de enorme calado. Nos fijaremos en tres.



En primer lugar la cuestión del feminismo. Arranz pregunta: ¿existe la posibilidad de un feminismo bueno?, lo que provoca este fragmento de conversación:

«Creo sinceramente que no existe ningún feminismo bueno. Es

una ideología y tiene el problema básico de todas las ideologías, que tratan de transformar la realidad y hacerla a su medida: son experimentos de laboratorio que no encajan con la naturaleza humana, que no funcionan sobre el terreno, que enfrentan, dividen, confunden y provocan un enorme sufrimiento».

– Dentro de la Iglesia no faltan quienes intentan el encaje.

«Sé que hay intentos de buscar un feminismo católico, o un feminismo conservador, pero el **problema del feminismo está en sus raíces**, porque parte de una concepción errónea de la naturaleza humana, del hombre y de la mujer y de la relación entre ambos sexos, que no es de oposición, sino de complementariedad. Sólo lo diferente puede complementarse, las cosas iguales no se complementan».

Más adelante se aborda el proceso de secularización que vive Occidente. El entrevistador plantea dos alternativas: *Las dos opciones que aparecen a la vista son: alejarse del mundo («La opción benedictina»), que es la opción que reflejaba en su novela, o enfrentarse al mundo (la guerra cultural), a lo que Sanmartín responde:*

«Esta es una cuestión prudencial, es una decisión que cada uno debe tomar en función de su estado de vida y de sus circunstancias. Pero sea lejos del mundo o en el medio de él, la Iglesia ha enseñado

siempre que los cristianos no pertenecen al mundo, viven en él, pero no pertenecen a él, y por eso deben tratar de mantener una sana distancia con ese mundo, entendido como todo aquello que nos separa de Dios, que puede hacernos olvidar por qué y para qué hemos sido creados.

Kierkegaard lo dice de un modo muy breve y muy sencillo en una parte de sus diarios: necesitamos “un poco de gravedad” en medio del mundo, de recogimiento, para recordar hacia dónde nos dirigimos, dónde está nuestro hogar y cuál es el camino que lleva hasta allí».

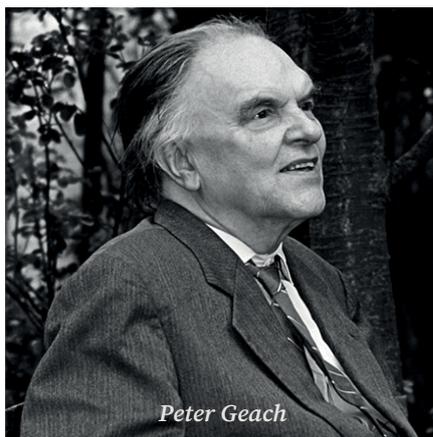
Por último, sobre la famosa «apertura al mundo», la escritora señala que: «Hemos abierto la puerta, pero lo hemos hecho a la secularización, a la idea absolutamente ajena a la Escritura y a la tradición de la Iglesia de que la fe es algo que cambia con el tiempo y que debe adaptarse al paso del tiempo.

Se ha desacralizado la liturgia, se ha banalizado el lenguaje en el culto, se han abandonado las formas de piedad clásica cristiana, se ha despojado la administración de los sacramentos de la reverencia que la Iglesia siempre les otorgó, y se transmitido una doctrina en muchos casos diluida. Todo esto ha destruido el misterio, ha oscurecido la sacralidad en el culto y ha disuelto la fe de muchas personas».

El modernismo se refuta a sí mismo



No se aleja mucho del análisis de Sanmartín lo que escribía en 1977 el filósofo inglés Peter Geach en su libro *Providence and Evil* que



Peter Geach

Edward Feser comenta en su blog y ha publicado en español *Religión en Libertad*.

Señala Feser que, en esa obra, Geach dedica «una breve pero incisiva crítica a quienes plantean una imagen “desnaturalizada” del cristianismo en nombre de “la evolución del hombre y del progreso”».

El modernismo es una posición que inevitablemente se refuta a sí misma. Al rechazar la continuidad de la tradición en la doctrina, rechaza la única base de la que podría gozar su propia doctrina

Según ese planteamiento, la tradición cristiana sería “mutable”, de modo que con el progreso del conocimiento, una doctrina enseñada continuamente hasta ahora en un sentido debe ahora ser interpretada en sentido distinto». Geach no utiliza el término «modernismo», pero es de eso de lo que está hablando.

[...] El problema para el modernista descrito por Geach es el siguiente. El modernismo es una perspectiva específicamente cristiana. El modernista afirma (es falso, por supuesto: pero él lo afirma) que conserva lo esencial de la doctrina cristiana. Y

lo esencial de esta doctrina, dice el modernismo, fue divinamente revelado en tiempos de Cristo y de los apóstoles. Por tanto, el modernismo no puede apelar a un argumento puramente filosófico para justificarse. Tiene que apelar al contenido de esa divina revelación que se remonta al origen de la Iglesia.

Ahora bien, ¿cómo sabemos que algo forma parte realmente del contenido de esa revelación? Geach apunta que la continuidad de una doctrina es una condición necesaria para que podamos conocerla... Si una doctrina no ha sido enseñada durante dos milenios o contradice lo que ha sido enseñado durante dos mil años, malamente podemos decir que formó parte de la revelación divina hace dos milenios. Y en tal caso no puede justificarse apelando a dicha revelación.

El problema para el modernista es que las nuevas doctrinas que quiere enseñar, o las nuevas interpretaciones que pretende para las antiguas doctrinas, por definición no pueden ser rastreadas hasta la revelación original de hace dos mil años. Si pudiesen serlo, no serían nuevas. Por consiguiente, el modernista no puede defenderlas apelando a la revelación... Se quedan flotando en el aire, sin fundamento.

Por eso Geach dice del modernista: «Su enseñanza estará fabricada con conjeturas eruditas entremezcladas con aquellos fragmentos de la vieja tradición –muchos o pocos– en los que decida seguir creyendo. Puede optar por creer en todo ello, pero ni podrá convencer racionalmente a alguien de fuera, ni podrá alegar autoridad alguna que obligue a la conciencia de un cristiano».

De esta forma, el modernismo es una posición que inevitablemente

se refuta a sí misma. Al rechazar la continuidad de la tradición en la doctrina, rechaza la única base de la que podría gozar su propia doctrina.

Descubrir el centro del universo

El Debate de hoy

Escribía **Jaume Vives** estas pasadas Navidades en *El debate de hoy* a propósito de cuál es el centro del universo una reflexión que vale para todo el año (como todo lo que se dice a propósito de Navidad):

«Ésa es la gran tentación del hom-

bre moderno que ha eliminado lo invisible y absolutizado lo que cree ver con claridad. Piensa que la salvación del mundo depende de que limpie los mares de plástico, construya escuelas en África y salve a los refugiados del mar. Piensa que la salvación del mundo depende de él.

Por eso es tan importante la Navidad, porque cuando uno contempla el belén y ve al Hijo de Dios tan pobre y humilde siendo tan grande y majestuoso, uno no puede más que escuchar cómo la realidad le sonrío y le dice: no eres el centro del universo, atontado.

El Centro es sufrido, es benigno; el Centro no tiene envidia, el Centro no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda ren-

cor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Nosotros somos puntos imperfectos de la periferia, llamados continuamente por el Centro para que nos acerquemos a Él. La mayoría de las veces no hacemos ni caso, pero no por eso deja de llamarnos. Nunca es tarde para comenzar de nuevo. Hasta en el lecho de muerte seguirá reclamando nuestro amor.

[...] Nos tiene que quedar grabado a fuego que no somos el centro del universo. Por muchas cosas que hagamos y por muy buenas que sean, caen todas en la mayor de las irrelevancias cuando contemplamos a Dios hecho Hombre en el portal de Belén».

«El final perverso» de la Europa moderna



Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Visto el desarrollo de la Edad Moderna, la afirmación de san Pablo citada al principio. Pablo recuerda a los efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» [Ef 2,12]. Se demuestra muy realista y simplemente verdadera. Por tanto, no cabe duda de que un «reino de Dios» instaurado sin Dios –un reino, pues, sólo del hombre– desemboca inevitablemente en «el final perverso» de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez.

Benedicto XVI, *Spes salvi*, 23



Hace 75 años ¿Somos pesimistas?

Ibón Elósegui

*Reproducimos parcialmente un artículo del padre Orlandis que escribió justo hace 75 años para la revista *Cristiandad*, respondiendo a aquéllos que pensaban que el tono de la revista era pesimista. Hemos considerado oportuno publicarlo en este número en el que se abordan la situación del mundo actual. (Reproducido del número 73, abril de 1947)*

UNA súplica reiterada del director de *Cristiandad* me ha obligado a escribir el artículo que se sigue, en este día tercer aniversario de la publicación de la Revista. La razón que ha tenido para hacerme esta petición ha sido el deseo de que la revista se haga cargo de una observación benévola y caritativa, hecha por una persona de calidad y dignísima no sólo de toda nuestra atención y respeto, sino también de nuestro agradecimiento, ya que manifiesta su interés por nuestra obra con palabras y con obras, y por cierto que entre estas pruebas de interés no pondríamos en último lugar el que se haya dignado hacer la observación de que *Cristiandad* se hace cargo, con toda la atención y la buena voluntad de que es capaz.

(...) Hagamos, pues, la suposición de que se nos dice de *Cristiandad* que es pesimista en sus maneras de ver, juzgar y hablar y que esto puede engendrar en los lectores caimiento de espíritu e inacción. Conste que *Cristiandad* no tan sólo agradece esta observación y cualquiera otra que se le haga, sino que además tiene propósito firme de examinarse con toda sinceridad y exacción para

enmendarse en cuanto le sea posible. Y el que subscribe este artículo, que como en otra ocasión dijo, se considera como el curador espiritual de *Cristiandad* en su menor edad, se siente en la obligación de tener participación en este examen, cuyo resultado habrá de recaer no poco sobre su propia responsabilidad. Dos puntos de consideración son, a lo que creo, los que ha de poner ante sí al examinar su propio espíritu por lo que se refiere al pesimismo o al optimismo. 1.º **¿Los criterios, los modos de ver y de juzgar de *Cristiandad*, son en realidad de verdad pesimistas?** 2.º **Dado que no lo sean ¿falta a *Cristiandad* aquella prudencia que ordena que no todo aquello que es verdad se diga, para no ocasionar males que del conocimiento de lo verdadero pueden seguirse?**

Dos pesimismos

En primer lugar, ¿los criterios y los modos de ver de *Cristiandad* son en realidad pesimistas? Advirtamos ante todo que este calificativo puede tener dos sentidos, lo cual si no se tiene en cuenta, al aplicarse engendra confusión. Un médico visi-

ta a un enfermo y juzga con serena objetividad que la enfermedad es incurable: se dice del dictamen del médico que es pesimista. Hablando con propiedad habría que aplicar el calificativo no al médico ni a su dictamen, sino a la realidad del mal; el dictamen del médico no hace si no afirmar un mal que en realidad existe; tal vez no habrá sido bastante mirado o prudente al manifestar su juicio delante de personas a quienes la verdad podría ocasionar males, pero esto nada merma de lo acertado del dictamen. Otro médico se ha ganado merecida fama de impresionable, de imaginativo, de misántropo; visita a un enfermo y diagnostica que el mal es grave, que se ha de temer lo peor. En medio de su aflicción, a la familia del enfermo le queda una esperanza. El médico consultado todo lo ve negro; ¡es un pesimista!, tal vez se equivoca, sin duda exagera. Esta distinción es absolutamente necesaria para instituir un examen de conciencia en orden a averiguar si en un espíritu o en una conducta influye o interviene el auténtico pesimismo, del cual no es ejemplar el primer médico, sino el segundo.

Presupuesto

Cristiandad, como cualquier publicación que no se avenga a ser anodina, se halla en la necesidad de tener opinión, de manifestarla y de sostenerla, y esto no tan sólo en los problemas generales de doctrina y de principios, sino también en los de hecho. *Cristiandad*, por ejemplo, con la debida prudencia y moderación, aun a riesgo de equivocarse, ha de intentar comprender la actual situación del mundo y de sus constituyentes y desentrañar los bienes y males, las venturas y desdichas de que para



un futuro más o menos próximo o lejano está preñado el mundo actual. Que en los juicios de hecho y de valor a que aludimos pueda influir el sentimiento o el prejuicio es indiscutible, y que en casos aislados influyan es poco menos que inevitable. En tales casos puede decirse que suele errar más quien menos piensa que yerra. Por esto será gran remedio y gran preventivo para no errar o siquiera para errar menos el prestar siempre atención al parecer de los demás, aun de los adversarios, cuánto más de las personas sensatas y benévolas.

De aquí que *Cristiandad* ante la insinuación amistosa que la nota de pesimismo, no puede menos de

preguntarse: ¿en realidad soy pesimista?, ¿influye en mis criterios y apreciaciones ese humor negro, enfermedad de espíritus decadentes y engendrador de anemia e inactividad espiritual?, ¿me parezco al segundo médico?

Optimismo nuclear

Quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de *Cristiandad* publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la realeza de Cristo, la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen. (...)

Todos los números de *Cristiandad* son una profesión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los mal minoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque *Cristiandad* ignore u olvide que en ciertas ocasiones,

en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aún acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de

El optimismo de que acabamos de hablar es nuclear, sustancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del cielo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano

comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el oscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristia-

na? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia? Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que *Cristianidad*, los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, sustancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del cielo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si *Cristianidad* es fruto de esta flor, siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser sustancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la ineptitud de los que la redactan, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

El optimismo del padre Ramière

¿Quién habrá, por poco versado que esté en los libros del padre Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó

en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vio la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fundamentales: *La soberanía social de Jesucristo*. Por otra parte, su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

La teología de la historia

Formados, los que constituyen el núcleo de la redacción, en *Schola Cordis Iesu*, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición *Adveniat Regnum tuum*, es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El reinado social de Jesucristo». Natural fue que para ello acudieran a las obras del padre Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina.



Pequeñas lecciones de historia

San Atanasio (1): la devoción de Fco. Canals a san Atanasio

Gerardo Manresa

Quisiera en este año 2022, centenario del nacimiento de nuestro querido maestro **D. Francisco Canals Vidal**, y como homenaje a él, que siempre fue un gran devoto y admirador de san Atanasio, dedicar unas «Pequeñas Historias» a resumir la vida de persecución que el santo tuvo que sufrir por su constancia en la defensa de la ortodoxia de la doctrina de la Iglesia y la caridad con sus opositores, durante los cuarenta y cinco años en que fue obispo de Alejandría.

Fragmentos de un escrito de Francisco Canals

«En la victoria de la fe ortodoxa contra Arrio y sus partidarios tuvo un papel central, con el gran Osio, obispo de Córdoba, un diácono de Alejandría que acompañaba en Nicea al patriarca san Alejandro. Su nombre había sonado desde los primeros momentos de la polémica. Desde el Concilio de Nicea hasta su muerte en 373, y ya para siempre, Atanasio sería la personificación del “credo de Nicea”, “el Padre de la fe ortodoxa de Cristo”.

»El carácter de san Atanasio, dice Bossuet, “es el de ser grande en todo”. Su grandeza consiste y radica toda ella en su carácter de testigo y doctor de la fe; más que a la elaboración sistemática de la “teología”, su esfuerzo, en constante polémica

con la herejía, se dirigió a la defensa de la pureza y de la autenticidad del misterio revelado.

»La grandeza de san Atanasio como Padre y doctor de la Iglesia se mide por la total adecuación entre su vida y su misión. Es el defensor constante de la fe de Nicea y no sólo el símbolo de la ortodoxia para los fieles, sino también para los herejes: el blanco de la hostilidad de éstos y el adalid de la resistencia de la fe cristiana ante las persecuciones del poder imperial y las intrigas de los obispos cortesanos, falsos hombres de Iglesia, dirigentes del partido arriano.

»En el martirologio romano se nos habla de él en estos términos: “San Atanasio, obispo de Alejandría, confesor y doctor de la Iglesia, celeberrimo en santidad y doctrina, en cuya persecución se había conjurado casi todo el orbe; defendió vigorosamente la fe católica desde el tiempo de Constantino hasta Valente, contra emperadores, gobernantes, e innumerables obispos arrianos, por los cuales, acosado insidiosamente, anduvo prófugo de una a otra región, hasta no restarle en la tierra lugar alguno donde ocultarse.”»

Cuando nos surjan dificultades en la fe, en los estudios teológicos es muy recomendable encomendarse a san Atanasio, ser sus devotos,

encariñarse con él. Si uno va conociéndole, su personalidad arrastra. Es amabilísimo, es admirable. Es un hombre sencillo y modesto. Tiene más sentido de la fe y de la fuerza de la expresión de la fe que ninguno de los Padres de la Iglesia en Oriente. El cultísimo Focio (820-879), que tanto influyó en el enfrentamiento del Oriente a Roma, reconocía que “todo el tesoro de la doctrina de los grandes doctores griegos, de san Basilio de Cesarea, llamado el Grande, de san Gregorio Nacianceno, llamado el Teólogo, vienen a ser como riachuelos que brotan del manantial caudaloso de Atanasio de Alejandría, Atanasio, el Padre de la fe ortodoxa de Cristo.”

»A partir de entonces a los que creían que Jesucristo es Hijo de Dios les comenzaron a llamar atanasianos o nicenos, dando a entender que en Nicea se había tomado un camino equivocado. Esta fórmula de Nicea, que es la que ha permanecido en la Iglesia, fue combatida durante cincuenta años en varios concilios, por innumerables obispos que excomulgaron a Atanasio, que inventaron otras fórmulas y buscaron múltiples subterfugios para no decir *homoousion*, de la misma naturaleza. Y esta

fue batalla del siglo IV, fue una batalla tremenda en la que Atanasio, con algunos amigos, a veces cinco o seis en toda la Iglesia, soportó el asalto de la pedantería, del orgullo helenístico y del orgullo judío que se hallaban subyacentes en la hostilidad a la divinidad de Cristo de los diversos sectores del arrianismo.

Atanasio, con algunos amigos, a veces cinco o seis en toda la Iglesia, soportó el asalto de la pedantería, del orgullo helenístico y del orgullo judío que se hallaban subyacentes en la hostilidad a la divinidad de Cristo de los diversos sectores del arrianismo

»Pero Atanasio tuvo siempre el apoyo del pueblo cristiano tanto de Oriente como de Occidente, pero sobre todo de Egipto, donde era más conocido.

»Oriente y Occidente habían seguido rumbos distintos. En Occidente primero se predicó la fe en Roma y desde allí pasó a otras ciu-

dades y mucho más tarde pasó al mundo rural. En Oriente, la predicación apostólica, ya en el siglo II entró en el mundo rural egipcio, en el mundo nómada de las caravanas de Siria, y se cristianizó rápidamente, mientras se mantenían como islotes de paganismo las clases cultas, los funcionarios imperiales, la aristocracia, el patriarcado mercantil de Pérgamo, Antioquía, Bizancio y Alejandría. Por eso numerosas damas de la aristocracia griega, parientes de los emperadores, eran activas intrigantes contra Atanasio y apoyaban que el emperador se enfrentase a los atanasianos. Y los obispos cortesanos se dejaban orientar por los poderes imperiales y marginaban a los nicenos. Aquellos años hubo una hegemonía espantosa del arrianismo en la Iglesia de Bizancio y de Antioquía. Pero el mundo rural de Oriente, fervientemente ortodoxo, nunca dejó de seguir, escuchar y considerar a san Atanasio, como el que predicaba la fe católica sobre Jesucristo».

Tras este precioso fragmento que muestra la admiración y devoción de D. Francisco Canals por san Atanasio, seguiremos con la admirable vida del santo.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

Febrero

Por las mujeres religiosas y consagradas

Recemos por las mujeres religiosas y consagradas, agradeciéndoles su misión y valentía, para que sigan encontrando nuevas respuestas frente a los desafíos de nuestro tiempo.

Marzo

Por una respuesta cristiana a los retos de la bioética

Recemos para que los cristianos, ante los nuevos desafíos de la bioética, promuevan siempre la defensa de la vida a través de la oración y de la acción social.





Actualidad religiosa

Javier González Fernández

«Matrimonios, ¡no estáis solos!»

CON ocasión del Año «Familia *Amoris laetitia*», el pasado 26 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia, el papa Francisco se dirigió a todos los matrimonios del mundo para animarlos en su vocación.

Glosando las palabras del Génesis en que el Señor llama a Abrahán a salir de su patria y de la casa de su padre hacia una tierra *desconocida* que Él mismo le mostrará, el Santo Padre explicó que «cada uno de los esposos sale de su tierra desde el momento en que, sintiendo la llamada al amor conyugal, decide entregarse al otro sin reservas. Así, ya el noviazgo implica salir de la propia tierra, porque supone transitar juntos el camino que conduce al matrimonio. Las distintas situaciones de la vida: el paso de los días, la llegada de los hijos, el trabajo, las enfermedades son circunstancias en las que el compromiso que adquirieron el uno con el otro hace que cada uno tenga que abandonar las propias inercias, certidumbres, zonas de confort y salir hacia la tierra que Dios les promete: ser dos en Cristo, dos en uno. Una única vida, un “nosotros” en la comunión del amor con Jesús, vivo y presente en cada momento de su existencia. Dios los acompaña, los ama incondicionalmente. ¡No están solos!».

«La vocación al matrimonio, continúa el Papa más adelante, es

una llamada a conducir un barco incierto –pero seguro por la realidad del sacramento– en un mar a veces agitado. Cuántas veces, como los apóstoles, sienten ganas de decir o, mejor dicho, de gritar: “¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos?”. No olvidemos que a través del sacramento del matrimonio Jesús está presente en esa barca. Él se preocupa por ustedes, permanece con ustedes en todo momento en el vaivén de la barca agitada por el mar. En otro pasaje del Evangelio, en medio de las dificultades, los discípulos ven que Jesús se acerca en medio de la tormenta y lo reciben en la barca; así también ustedes, cuando la tormenta arrecia, dejen subir a Jesús en su barca, porque cuando subió “donde estaban ellos, (...) cesó el viento”. Es importante que juntos mantengan la mirada fija en Jesús. Sólo así encontrarán la paz, superarán los conflictos y encontrarán soluciones a muchos de sus problemas. No porque éstos vayan a desaparecer, sino porque podrán verlos desde otra perspectiva. Sólo abandonándose en las manos del Señor podrán vivir lo que parece imposible (...). Fue justo en medio de una tormenta que los apóstoles llegaron a conocer la realeza y divinidad de Jesús, y aprendieron a confiar en Él.

A la luz de estos pasajes bíblicos, el papa Francisco aprovechó para reflexionar sobre algunas *dificulta-*

des y oportunidades que han vivido las familias en este tiempo de pandemia, terminando con una invitación a encomendarse a san José y a la Virgen María. «Los numerosos desafíos –concluye el Santo Padre– no pueden robar el gozo de quienes saben que están caminando con el Señor. Vivan intensamente su vocación. No dejen que un semblante triste transforme sus rostros. Su cónyuge necesita de su sonrisa. Sus hijos necesitan de sus miradas que los alienten. Los pastores y las otras familias necesitan de su presencia y alegría: ¡la alegría que viene del Señor!».

Cuarto centenario de la Congregación «de Propaganda Fide»

El pasado 6 de enero, solemnidad de la Epifanía del Señor, se cumplieron los cuatrocientos años de la fundación de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide (llamada hoy en día Congregación para la Evangelización de los Pueblos) por el papa Gregorio XV, y que se erigió canónicamente el 22 de junio de 1622 mediante la bula *Inscrutabili divinae*.

La tarea específica de la Congregación ha sido siempre la propagación de la fe en todo el mundo, con la competencia específica de coordinar todas las fuerzas misioneras, de orientar las misiones, de promover la formación del clero y de las jerarquías locales, de estimular la fundación de nuevos institutos misioneros y, finalmente, proporcionar ayuda material para las actividades misioneras.

Entre los resultados más importantes que han marcado la vida de la congregación de Propaganda Fide están la imprenta *Polyglotta* (1626) para imprimir libros en las lenguas de las poblaciones presentes en los

territorios de misión, el Pontificio Colegio Urbano (1627) para acoger a los seminaristas de los países de misión, la fundación en la Universidad Urbaniana del Pontificio Ateneo de Propaganda Fide (1627), con la facultad de Teología y Filosofía, y el Pontificio Instituto Científico Misionero (1933), con facultad para conferir títulos académicos en las disciplinas misionológica y jurídica, la *Carta Magna de Propaganda* (Instrucción de 1659), la erección de las circunscripciones eclesiásticas, que actualmente ascienden a 1.117 (517 en África, 483 en Asia, 71 en América y 46 en Oceanía), la aprobación de la fundación de centenares de institutos de vida consagrada con carácter específicamente misionero o en los territorios de derecho misionero, las Obras Misionales Pontificias [Propagación de la Fe (1822), Infancia Misionera (1843), San Pedro Apóstol (1889) y Unión Misional (1916)] y el Centro Internacional de Animación Misionera (1974), centrado en la formación de la fe cristiana para la misión.

Veintidós misioneros asesinados en el año 2021

Según los datos recogidos por la Agencia Fides, en el año 2021 fueron asesinados 22 misioneros en el mundo: once en África (7 sacerdotes, 2 religiosos, 2 laicos), siete en América (4 sacerdotes, 1 religioso, 2 laicos), tres en Asia (1 sacerdote, 2 laicos) y un sacerdote en Europa.

Desde hace algún tiempo, la lista anual de la Agencia Fides no solo se refiere a misioneros *ad gentes* en sentido estricto, sino que trata de registrar todos los cristianos católicos comprometidos de alguna manera en la actividad pastoral que murieron violentamente, no necesariamente «por odio a la fe» pero sí como

testigos de la misma y conscientes de que «en virtud del Bautismo recibido, todo bautizado, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de educación de su fe, es sujeto activo de evangelización».

Párrocos asesinados en sus comunidades, en África y América, que animaban a los fieles a no someterse pasivamente al régimen delictivo, fueron torturados y secuestrados por delincuentes en busca de riquezas inexistentes, atraídos por el espejismo de redenciones fáciles o interesados en silenciar voces incómodas. Sacerdotes dedicados a obras sociales, como en Haití, asesinados para robarles lo necesario para realizar tales actividades, o incluso asesinados por aquellos a quienes ayudaban, como en Francia, o en Venezuela, donde un religioso fue asesinado por ladrones en la misma escuela donde enseñó a los jóvenes a construir un futuro. Monjas asesinadas a sangre fría en una emboscada por criminales en Sudán del Sur. Y muchos laicos, cuyo número va en aumento: catequistas asesinados en enfrentamientos armados junto con las comunidades que animaban en Sudán del Sur; jóvenes asesinados por francotiradores mientras intentaban llevar ayuda a las personas desplazadas que huían de los enfrentamientos entre el ejército y las milicias en Myanmar; una misionera laica brutalmente asesinada para robarle un teléfono móvil en Perú; un joven que murió en un vehículo reventado por una mina en República Centroafricana; un catequista indígena, asesinado en México. Todos ellos «no pudieron dejar de dar testimonio» con la fuerza de su vida entregada por amor, luchando todos los días, pacíficamente, contra la injusticia, la violencia y la guerra.



Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets

Tanques rusos durante unas maniobras militares en la región de Rostov



Tambores de guerra rusos en Ucrania

LA tensión no ha dejado de aumentar a lo largo de estos últimos meses en Ucrania con la acumulación de tropas rusas desplegadas en la frontera entre los dos países. Con el precedente de la guerra de 2014 y la anexión de Crimea por parte de Rusia, la amenaza de una posible invasión ha ganado verosimilitud y ha copado las portadas de todos los medios. La escalada ha llevado a una cumbre entre Rusia y Estados Unidos en Ginebra sin presencia ni de Ucrania ni de la Unión Europea, lo que constituye ya una **victoria diplomática rusa**, que se pone a la altura de los Estados Uni-

dos, obviando a otros actores menores. No es fácil predecir el resultado de estas negociaciones, aunque cada vez resulta más evidente que la Unión Europea tiene poco que decir y que la ONU ni está ni se la espera. Mientras tanto, Rusia ha seguido a lo suyo: las maniobras militares en las fronteras con Ucrania y Georgia son constantes y el despliegue de 5.000 paracaidistas rusos en Kazajistán para salvar al gobierno aliado de Rusia del país centroasiático no hacen más que evidenciar el retorno de planteamientos imperialistas por parte del país más grande del planeta.

Para entender mejor la situación, conviene analizar la evolución

que ha derivado en la situación actual. Tras la caída de la Unión Soviética, Rusia sufrió una fuerte pérdida en todos los ámbitos al ver cómo numerosos territorios soviéticos (algunos con importante presencia de población rusa) se convertían en estados independientes. Tras unos primeros momentos de desorientación, Rusia pronto intentó determinar de algún modo el rumbo de los nuevos países vecinos con los que sus vínculos eran más estrechos. Es el caso de **Bielorrusia**, que es un estado independiente, pero que no ha dejado en ningún momento de estar bajo la sombra y condicionada por Moscú.

En el caso de **Ucrania**, el proceso fue más complejo. Además de ser la hermana mayor de Rusia (en Kiev surge la Rus del siglo IX), geográficamente se encuentra en una posición estratégica, bisagra entre Occidente y Oriente. Sin Ucrania, Rusia ve muy debilitada su condición de potencia euroasiática, pasando a ser «simplemente» una potencia asiática. Además, el territorio ucraniano constituye un muy útil «estado colchón» que protege Rusia de ataques de un potencial enemigo que amenace la integridad territorial rusa. Esta situación geográfica teóricamente privilegiada ha sido objeto reiterado de las ambiciones a lo largo de la historia de las grandes potencias. Desde la invasión polaca y lituana del 1331, pasando por el Imperio zarista o el imperio austro-húngaro.

Tras el fin de la Guerra Fría, aprovechando la crisis postsoviética, se hizo dominante en Ucrania un nacionalismo antirruso que siempre ha chocado con los sentimientos de la mayoría de la población, rusófona, de la parte oriental del país. Así, a pesar del aumento

del uso del ucraniano como lengua y el sentimiento de rechazo hacia Rusia de gran parte de la población ucraniana, en el este del país, especialmente Crimea (anexionada por Rusia en 2014) y la región del Donbass, que comprende las provincias de Lugansk y Donetsk, el habla rusa sigue siendo mayoritaria, y políticamente, la población ha seguido votando en masa a los partidos pro-rusos.

Esta división entre un oriente más orientado a Rusia y un occidente más orientado a Europa muestra que Ucrania se encuentra a medio camino entre dos civilizaciones (lo que Toynbee calificaba como civilización cristiana occidental y cristiana ortodoxa). Dentro del país, esta segmentación se refleja también en la religión: a pesar de que casi el 70% de los ucranianos son ortodoxos, la población católica se concentra en la zona oeste del país.

El desarrollo de Ucrania a lo largo de las últimas décadas ha tendido a establecer lazos más fuertes con Occidente (Estados Unidos, la OTAN, la Unión Europea), aprovechando la coyuntura de una Rusia debilitada tras el desmantelamiento de la URSS. Sin embargo, durante los últimos años la situación ha cambiado y la tendencia parece estar revirtiéndose. Con Vladimir Putin el poder ruso vuelve a ganar fuerza. A pesar de que su economía está por debajo del promedio de las grandes economías globales, se ha reducido drásticamente la pobreza y se ha corregido el estado de penuria en el que quedaron las fuerzas armadas soviéticas tras el colapso de la URSS, con importantes inversiones militares: en 2020 Rusia fue el cuarto país del mundo con más gasto en defensa, lejos de Estados Unidos y China, pero muy cerca de

la India, demostrando su ambición de volver a convertirse en una potencia. Por otro lado, las grandes reservas naturales rusas, sobre todo en gas, también han sido aprovechadas con pericia por el Kremlin, que ha conseguido que más de media Europa sea dependiente de su gas. En 2017, casi el 100% del gas utilizado en Finlandia, Estonia y Letonia

Este auge de Rusia de los últimos años ha hecho crecer también sus antiguas ambiciones imperiales

era ruso, situación parecida en Polonia, Rumanía, Hungría y sus países vecinos de Europa del Este. Pero incluso esta dependencia ha llegado a la Europa Occidental: aproximadamente, el 50% del gas consumido en Alemania, y un 30% del francés, inglés e italiano viajan también a través de gaseoductos rusos.

Este auge de Rusia de los últimos años ha hecho crecer también sus antiguas ambiciones imperiales. La anexión unilateral de Crimea en 2014 y el apoyo a los rebeldes del Donbass son prueba de ello, como lo son las órdenes del Kremlin en Bielorrusia que desencadenaron la avalancha migratoria hacia Polonia: el Imperio ruso está despertando y está decidido a revertir la decadencia en que se hallaba sumido hasta hace poco.

En este contexto, y entre amenazantes concentraciones de tropas, Rusia ha planteado exigentes condiciones a Estados Unidos (básicamente un derecho de veto a las incorporaciones a la OTAN de ex repúblicas soviéticas y una zona de seguridad a su alrededor) mientras las organizaciones y el derecho interna-



cional pasan a segundo plano: a nadie se le ocurre pensar en la posibilidad de una misión de los cascos azules de la ONU o en una intervención de la Unión Europea.

La situación no es fácil para Estados Unidos, que no quiere transmitir una imagen de debilidad (especialmente tras su acelerada salida de Afganistán), pero también para Rusia resulta muy arriesgado invadir militarmente Ucrania. Dar ese paso significaría poner a prueba a todos sus vecinos, así como a Estados Unidos, la ONU, la OTAN y, sobre todo, enfrentarse a una resistencia local para nada obvia. Menos arriesgado sería la anexión de la mitad rusófona de Ucrania, quizás estableciendo regímenes títeres que creen un cinturón de seguridad alrededor de Rusia, sin bases militares americanas y de la OTAN en las puertas de casa.

En cualquier caso, una cosa parece clara: **Rusia está anunciando al mundo el retorno de un Imperio.** Durante el final del siglo XX y el inicio del siglo actual su debilidad no le permitió evitar la independencia de muchos territorios de la antigua Unión Soviética, pero ahora está de regreso y dispuesta a detener la marcha occidental hacia el este. La era de los imperios y de la realpolitik, ajena a los organismos de mediación internacional, parece estar de vuelta.

Uno de cada siete cristianos es perseguido en el mundo, según el informe 2022 de Open Doors

En 2021 ha seguido creciendo la persecución contra los cristianos en todo el mundo: hay más de 360 millones (1 de cada 7 a nivel mundial) que hoy viven en su propio país un alto grado de persecución y discriminación. Las cifras corresponden al *World Watch List 2022*, de la organización *Open Doors*, el informe que la ONG internacional dedica cada año a la persecución contra los cristianos, elaborando un ranking de los 50 países donde la situación es más grave.

Por primera vez en veinte años **Corea del Norte** ya no se considera el país más peligroso, pero solo por el empeoramiento de la situación en **Afganistán**, donde el regreso de los talibanes ha vuelto aún más dramática la situación de los cristianos. En realidad, sin embargo, bajo el régimen de Kim Jong-Un la situación de la libertad religiosa se ha agravado en el período considerado, que va del 1 de octubre de 2020 al 30 de septiembre de 2021. Entre los cien países monitoreados por *Open Doors*, el número de aquellos que tienen un nivel de persecución definido como alto, muy alto o extremo aumentó de 74 a 76. En el período estudiado, 5.898 cristianos fueron asesinados

en todo el mundo (un promedio de 16 por día), 5.110 iglesias fueron atacadas o clausuradas, 6.175 cristianos fueron detenidos sin juicio y 3.829 cristianos fueron secuestrados (10 por día).

Entre los 10 países donde se ha registrado el mayor número de ataques, 7 se encuentran en el Asia subsahariana. Pero el informe de *Open Doors* no deja de destacar el incremento del control por parte de los

China ha utilizado las restricciones impuestas por la pandemia para debilitar a las comunidades cristianas en varias provincias.

gobiernos autoritarios en Asia, señalando en particular que China ha utilizado las restricciones impuestas por la pandemia para debilitar a las comunidades cristianas en varias provincias. En general, 2 de cada 5 cristianos asiáticos viven en una región donde sufren persecución.

También se destaca el aumento de la violencia contra los cristianos en la India. Y precisamente de ese país proviene la noticia de que los ataques contra las comunidades cristianas en los últimos 9 meses ascienden ya a más de trescientos.



Orientaciones bibliográficas

Jorge Soley Climent

Alban GOODIER, *Santos para pecadores*, Patmos, 2020

Es probable que *Santos para pecadores* sea uno de esos libros que pasan desapercibidos. Hay tantos libros de santos... y la referencia en el título a que somos pecadores, si en algún momento podía llamar la atención, hoy es de lo más común. Su autor, **Alban Goodier**, un jesuita fallecido en 1939, tampoco nos dice nada a la mayoría. En definitiva, que a menos que alguien de mucha confianza y/o autoridad te anime a leerlo, lo más probable es que sea uno más de esos miles de libros que pasan por la vida sin rozarnos. Y eso sería una lástima, una gran lástima.

Confieso que empecé a leerlo casi por casualidad. Pensé que leería algunas páginas bien intencionadas pero poco más. Me equivocaba. Goodier consigue que leamos con auténtica pasión estos breves relatos sobre la vida de nueve santos. A cada uno le dedica algo más de 20 y algo menos de 30 páginas, lo que hace su lectura muy ágil.

Pero no es ni la extensión ni la pericia literaria la clave del libro, sino su enfoque. **Goodier nos hace descubrir de nuevo la santidad, contemplarla con una mirada nueva**, y nos la muestra de un modo a veces incluso crudo y descarnado, sin suavizar las vidas de sus protagonistas. Frente a tantas hagiografías edulcoradas, Goodier nos muestra la realidad de unas vidas por las que, en determinados momentos, nadie hubiese apostado ni cinco. Lo

cual las hace más apasionantes, más reales, y por ello mismo nos mueven mucho más que aquellas en las que el sujeto parece predestinado desde su más tierna infancia a ocupar un lugar en los altares.

No es así aquí: herejes, jugadores, violentos, disolutos, mujeriegos, desobedientes... y santos. Ya lo sabíamos, Dios actúa cuándo y cómo quiere, para Él no hay casos perdidos, y la gracia puede, en un instante, darnos la vuelta como a un calcetín. Pero **Santos para pecadores** nos dice más cosas, y muy interesantes. Señalaremos dos.

En primer lugar, **nos muestra la benéfica influencia que una sociedad cristiana**, con todas las imperfecciones que se quieran. Son varios los pecadores que acabarán como santos cuyas vidas dan un giro ante un acontecimiento que les sacude: la muerte de alguien cercano, por ejemplo, les hace reconsiderar su vida y cómo se van a presentar ante el Juez eterno. En otras ocasiones serán aquellas palabras u oraciones en la boca de una madre, cuyo recuerdo ha sido acallado durante años pero que resuenan de nuevo y son decisivas para ese cambio de vida. Uno no puede dejar de pensar la tragedia, hoy en día, en nuestra secularizada sociedad, de tantos que no han oído nada de esto, que no saben rezar ni nadie les ha explicado que un día comparecerán ante el tribunal divino, y que

en estas condiciones se encuentran desvalidos, desorientados, incluso desesperados ante el vacío al que se enfrentan.

En segundo lugar, **es digno de mención el hecho de que varios de los santos sean unos fracasados**. El autor no intenta maquillar este hecho, sino que lo expone con claridad. Sin ir más lejos, san Francisco Javier muere convencido de que ha fracasado en sus empresas y sus contemporáneos están de acuerdo con esta apreciación... No, no todas las empresas emprendidas por los santos se saldan con el éxito en la tierra, los hay también que fracasan o que casi ni lo intentan (como san Benito José Labre, durmiendo entre las ruinas del Coliseo y evitando en lo posible el contacto con otras personas). Una magnífica advertencia para quienes damos demasiada importancia a nuestras propias fuerzas y acciones.

Cada lector tendrá sus relatos favoritos: en mi caso, además de san Francisco Javier, san Juan de Dios, san Juan de la Cruz (¡qué terrible vida!) o san Camilo de Lelis; mientras que otros no le convencerán tanto (el único en el que realmente flojea el autor es precisamente el de otro jesuita, san Claudio de la Colombière, de cuya vida se puede sacar bastante más), pero lo que es seguro es que la lectura de este libro supone una mirada renovada, fresca y muy atractiva a la santidad. Muy recomendable.



Nuestra patria es el Cielo

Cardenal Juan José Omella, carta dominical, «El discernimiento espiritual», 12 de enero de 2022.

ACABAMOS de iniciar un nuevo año, los comienzos son siempre un buen momento para proponernos metas. Unos se proponen estudiar algún idioma, otros aprender a tocar un instrumento musical y tantos otros compromisos que, a menudo, se desvanecen con el tiempo.

Ponerse metas es bueno y saludable. Ahora bien, uno de los riesgos es ponerse demasiados retos y objetivos que, en lugar de hacernos un bien y de mejorarnos como personas, nos lleven al desánimo y a la apatía.

A lo largo de mis años de ministerio, algunas personas que acompañaba espiritualmente me preguntaban: ¿Qué objetivos debo proponerme para este año que empieza? Yo les invitaba a reformular dicha pregunta con esta otra: Dios mío, ¿qué consideras importante que trabaje? Se producía entonces un salto cualitativo muy significativo. Introducíamos a Dios como interlocutor en el diálogo.

Pero, ¿cómo saber qué es lo que Dios quiere? Es más, ¿realmente podemos descubrir cuál es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros en este momento de la vida? Ciertamen-

te podemos descubrirlo. Y es ahí donde empieza el precioso camino del discernimiento espiritual, que es precisamente el objetivo de nuestro plan pastoral para este curso.

El discernimiento es el arte mediante el cual aprendemos a escuchar a Dios, que nos habla en medio de este cambio de época en el que vivimos. Para ello es necesario desarrollar «un oído muy fino para saber escuchar al Espíritu y un corazón totalmente dispuesto para cumplir lo que nos dice. Ello implica una forma de leer la Biblia, una forma de orar en medio de nuestro mundo, una forma de mirar con los ojos amorosos de Dios.» (*Plan pastoral diocesano*, Cap. V).

Nos podemos proponer muchas metas. Ahora bien, creo que no podemos obviar una meta indispensable, la más importante para todo ser humano: entrar en la vida eterna. Una vida eterna que puede empezar aquí y ahora.

Este profundo anhelo del ser humano queda recogido en un pasaje del Evangelio, cuando una persona se acercó a Jesús y le preguntó: «Maestro, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?» (Lc 18,18). La vida eterna es la gran meta que nos

ofrece Jesús y que, por tanto, debe ayudarnos a determinar los objetivos, las prioridades, el orden de valores y el programa que oriente nuestra vida.

Dicha pregunta solo puede recibir la respuesta de Dios. Una respuesta que, por un lado, nace de la verdad que la Iglesia custodia y transmite y, por otro, nace del encuentro personal de cada uno de nosotros con la Santísima Trinidad.

Atrevámonos a hacerle esta pregunta a Dios y descubramos sus respuestas en la oración, en las personas con las que nos encontramos, en los acontecimientos que nos toca vivir. Dios nos habla, pero para aprender a escucharlo necesitamos un acompañante espiritual que, bajo la guía del Espíritu Santo, nos ayude a discernir cuál es realmente la voluntad de Dios y qué debemos cambiar en nuestra vida para avanzar en el camino que lleva a la vida eterna.

¿Cuál es vuestra meta para este año? ¿Y para el resto de vuestra vida? ¿Qué debo cambiar y qué estoy dispuesto a arriesgar en ese intento de llegar a la meta?

Feliz año y que Dios os bendiga, os acompañe y os conceda su paz.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



La generación abandonada

Kuby, Gabriele

Editorial: Didaskalios

368 páginas

Precio: 22,00 €

No sólo estamos saqueando nuestro planeta, sino que estamos desmantelando las células básicas de nuestra convivencia humana. Una peligrosa presunción se ha apoderado de las sociedades occidentales: querer ser como Dios. Jugamos a ser creadores y jueces, determinamos quién puede vivir y quién debe morir, y así disolvemos las condiciones naturales de la vida.

Gabriele Kuby no nos advierte desde su caballo de batalla como una moralista, sino como una persona afectada. La autora de un best-seller, *La revolución sexual global*, muestra cómo robamos la risa a los niños y entregamos la próxima generación a la decadencia. Al mismo tiempo, la visión de la vida correcta siempre brilla en el fondo.



Apuntes de Historia de la Iglesia. 6 Edad Contemporánea: siglo XX

Pérez Mosso Nenninger, Antonio

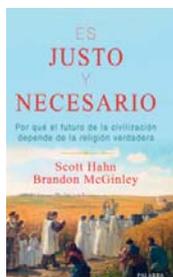
Editorial: Ediciones Cor Iesu

568 páginas

Precio: 20,00 €

El presente volumen de *Apuntes 6* aportan una breve síntesis de la historia de la Iglesia del siglo XX centrada en sus más significativas manifestaciones externas –historiables– de su vida: su Liturgia, Magisterio, iniciativas de evangelización, jurisdicciones, prácticas religiosas, prácticas de la caridad, relaciones con el mundo, contrariedades internas, persecuciones... Y a la vez procuran enmarcar estos signos externos de la vida de la Iglesia en el contexto histórico de la época.

Hilo conductor de la síntesis es ante todo la historia de los papas del siglo XX y la del Concilio Vaticano II. Una mención especial se hace a la historia de la Iglesia en España, a la que se dedican varios capítulos. Así mismo, se dedica espacio a las dos guerras mundiales, que marcan la historia del siglo XX.



Es justo y necesario

Hahn, Scott/Mc Ginley Brandon

Editorial: Palabra

224 páginas

Precio: 16,90 €

¿Es la religión un derecho que nos otorga el Estado? ¿Es algo privado y sin papel en la esfera pública?

Scott Hahn y Brandon McGinley desafían nuestro concepto de la religión y su papel en la sociedad. Argumentan que, para responder preguntas sobre libertad religiosa, justicia y paz, primero debemos rechazar la idea perpetuada por la cultura secular-liberal: que la religión es un asunto privado.

Al contrario de lo que dicen los comentaristas políticos y los activistas, la religión no solo es relevante para la justicia y la ley, sino que es necesaria para que la civilización prospere.



«EL HOMBRE DE LOS TIEMPOS DIFÍCILES»

Nunca he escondido la sintonía que siento hacia la figura de san José. Su figura representa, de manera hermosa y especial, lo que debería ser la fe cristiana para cada uno de nosotros. José es un hombre normal y su santidad consiste precisamente en haberse convertido en santo a través de las circunstancias buenas y malas que ha debido vivir y afrontar.

No podemos tampoco esconder que a san José lo encontramos en el Evangelio como un protagonista importante de los inicios de la historia de la salvación. Los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Jesús fueron difíciles, llenos de obstáculos, de problemas, de persecuciones, de oscuridad y Dios, para ir al encuentro de su Hijo que nacía en el mundo le coloca al lado a María y a José. Si María dio al mundo al Verbo hecho carne, José lo defendió, lo protegió, lo alimentó, lo hizo crecer. En él podremos decir que está el hombre de los tiempos difíciles.

Entrevista al papa Francisco, 13/01/2022